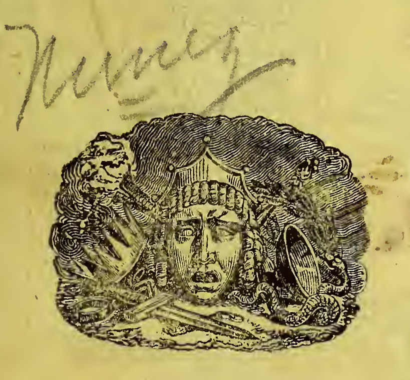
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

NI TANTO NI TAN POCO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

NI TANTO NI TAN POCO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 6 de Febrero de 1865.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA...............	Sras. Valverde.
TERESA.............	Vila.
JUANA...............	Moreno.
D. MARTIN...........	Sres. Mario.
D. MIGUEL...........	Guerra.
D. DIEGO......... ..	Calvo.
JUAN................	Orejon.

La accion es contemporánea, y se desarrolla en el espacio que media desde las diez de la mañana á las siete de la tarde.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada en casa de D. Martin. Puerta en el fondo y dos laterales. Un velador con periódicos y un timbre para llamar, á la izquierda del proscenio. Butacas y sillas convenientemente colocadas cerca del velador, y un confidenteal lado opuesto.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, D. MIGUEL, sentados, JUANA de pie, recibiendo las instrucciones que indica el diálogo.

CLARA. ¿Lo has dispuesto todo?
JUANA. Si
señora.
CLARA. ¿No olvidas nada?
JUANA. No señora.
CLARA. Está muy bien.
¿Has arreglado la sala?
JUANA. Si señora.
CLARA. ¿Y habrás puesto
los ramilletes en agua?
JUANA. Si señora.
MIGUEL. ¿Sabes, hija,
que esta moza es una alhaja?
¡Si parece un *si señor*,

y una *si señora*!...

CLARA. ¡Extraña
ocurrencia!...

JUANA. Si señora.

CLARA. (Con despego.)
No hablo contigo.

JUANA. (Que habrá contestado en un tono respetuoso; pero seco á todas las preguntas de Clara, picada.)
(Ni falta.)

ESCENA II.

DICHOS, menos JUANA.

MIGUEL. Cada vez me choca mas
el laconismo de Juana.
¡Mujer, y charlar tan poco!
No se encuentra en toda España
cosa igual...

CLARA. Eso consiste
en que yo arreglo mi casa
como es debido...

MIGUEL. (Con sorna.) No digo
que no...

CLARA. ¡Pues eso faltaba!
En donde yo estoy, ningun
criado la voz levanta.
Obedecer es su oficio,
y puesto que se les guarda
consideracion, es justo
que sirvan como Dios manda.

MIGUEL. (En el mismo tono.)
Muy bien...

CLARA. Nunca les ofendo;
pero no me gustan chanzas
con esa gente. ¡Á propósito
soy yo para tolerarlas!

MIGUEL. Ya lo conozco ..

CLARA. Si una
se descuida, y toman alas,
¿quién los resiste? Se vuelven
desvergonzados y maulas.
¡Ay, Jesus! Sin que respondan

ni gruñan, son una plaga!

MIGUEL. ¿Tendrás calma para oir
la verdad?

CLARA. Papá del alma!
¿y eso me preguntas?

MIGUEL. Bueno.
Pero no te enfades ..

CLARA. (Impaciente.) ¡Habla!
Si andas con tantos rodeos
lo conseguirás...

MIGUEL. ¡Ay, Clara!
Pues paréceme que pecas
de despótica y tirana.
Justo es que ocupes tu puesto
y no tengas confianzas
con los criados, que al cabo
tú los mantienes y pagas.
Pero tambien es preciso
que no los mires con tanta
prevencion ni altaneria...

CLARA. ¡Tu observacion no es exacta!

MIGUEL. No es el servicio doméstico
el servicio de las armas,
ni ellos, hija, son reclutas,
ni tú eres cabo de escuadra.
Te obedecerán, es cierto;
pero si fueses mas blanda
te querrian...

CLARA. ¿No me quieren?

MIGUEL. ¿Acaso no?...

CLARA. ¡Qué bobada!—
En mí encuentran una madre.

MIGUEL. Dí, mas bien, una madrastra.
Ademas, no solamente
de los criados se trata.
Sé que á tu pobre marido
le martirizas y cansas,
que intentas reinar en él
como dueña soberana,
y que...

CLARA. (Alterándose.) Papá, no prosigas

MIGUEL. Escucha en paz mis palabras.

CLARA. ¡Bueno andaria el cotarro
si yo no le gobernara!

MIGUEL. Mujer, no me has entendido.—

CLARA. ¡Ah! de sobra...

MIGUEL. Tén cachaza.
Nadie dice que no mandes
como te diere la gana,
en los diversos negocios
que son propios de una dama.
Es muy natural que tomes
las cuentas á la criada,
que mires si sisa ó no,
si plancha bien ó no plancha.
Pero ¿te parece digna
la imperiosa vigilancia
que ejerces sobre tu esposo?

CLARA. Como si yo...

MIGUEL. ¡Calla, calla!
Tú le abrumas á disgustos,
tú en las cuestiones mas árduas
intervienes, y le obligas
á hacer mil botaratadas.
Francamente, yo no sé
si representa en la Cámara
á su mujer ó á un distrito.
La verdad...

CLARA. ¡Cómo me agravias!
Miro por él...

MIGUEL. Demasiado.

CLARA. Es mi obligacion...

MIGUEL. Te engañas.
Aconséjale en buen hora
si en malos asuntos anda,
que asi cumple con su estado
la esposa prudente y cauta.
Mas no le oprimas al pobre
con tu autoridad tiránica,
que el arco, siempre tirante,
al cabo se rompe y salta.

CLARA. Tú exajeras...

MIGUEL. No exajero.

CLARA. ¡Qué obstinacion! (Incomodándose.)

MIGUEL. ¿Ya te enfadas?
Harás lo que te parezca;
pero mi intencion es sana,
pues quisiera que reinase
la paz de Dios en tu casa.
CLARA. ¿No reina acaso?
MIGUEL. No reina.
CLARA. (Irritada.)
¿Se habrá quejado el muy mándria?
Si no merece el cariño
que le profeso...
MIGUEL. (¡Ya escampa!)
CLARA. (Colérica.)
En cuanto venga, han de oirnos
los sordos...
MIGUEL. (Sobresaltado.) Pero, muchacha,
si él no...
CLARA. Te habrá, de seguro,
contado dos mil patrañas...
MIGUEL. No lo creas... (¡Yo, que quise
poner paz, y voy á armarla!)
Vamos! sosiégate y dime
donde fué tan de mañana
Martin...
CLARA. No es ningun misterio.
MIGUEL. No sé...
CLARA. Salió con el alba
á esperar á nuestros primos,
que llegan hoy...
MIGUEL. ¡Pues no es mala
la broma! Y la diligencia
vendrá á las diez... ¿Dónde paran?
¿En la calle del Correo?
CLARA. No lo indican en su carta.
MIGUEL. De modo que podrá estarse
de planton, como una estátua,
y venir en otro coche
Dieguillo... ¡Si te informaras!
Para abrazarlos me quedo
á almorzar, que tengo ganas
de saber si el matrimonio
produjo alguna mudanza

en el genio de tu primo.

CLARA. No es fácil. ¡Es tan pacata
Teresa! Se habrá dejado
dominar como una malva.
Hay mujeres en el mundo
que nacen predestinadas
á la esclavitud. No tienen
todas el valor, la audacia
que me distinguen...

MIGUEL. Camina
con tiento. Mira no caigas...

CLARA. (Impaciente)
¡Otra vez!

MIGUEL. (Imterrumpiéndola) Dá por sentado
que no he dicho una palabra.
Pues si Diego es todavia
tan tufillas... ¿quién le aguanta?
¡Pobre de su esposa...

ESCENA III.

DICHOS, JUANA y JUAN.

JUANA. (Señalando á Juan, que entra detrás.)
Aqui
viene este mozo...

JUAN. (Apareciendo.) *Deo-gracias.*

CLARA. (Sorprendida.)
¿Quién es usted?

JUAN. Yo, señora,
para servirla, soy Vargas.

CLARA. Bien ¿y qué?...

JUAN. Soy de Alcorcon,
como los pucheros...

MIGUEL. ¡Vaya
una salida!

JUAN. Y caí
soldado, por mi desgracia,
há seis años...

CLARA. (Con sequedad.) Buen provecho.

JUAN. Y por cierto que me llaman
en el batallon, Machuca.

MIGUEL. Pues debiera ser machaca.
JUAN. ¡Como que de un puñetazo
maté á un *marroquin*, en África,
que se llevaba á un teniente.
CLARA. (Airada.)
Pero ¡por la Vírgen santa!
¿Despacha usted?
JUAN. Á eso voy.
El capitan de la cuarta,
que me tiene á su servicio,
aqui me envia...
CLARA. ¡Acabaras!
¿Y quién es?
JUAN. Don Diego Orgaz.
CLARA. ¡Cómo! ¿Ya han llegado? Juana...
JUANA. Señora...
CLARA. ¿Y los equipajes?
JUAN. Ahí esperan con la carga
cuatro mozos...
CLARA. ¡Pues me gusta!
¿Y te estás con esa calma?
(Á Juana.)
Muchacha, no te detengas.
Dirígeles á la sala
que arreglaste...
JUANA. Si señora.
JUAN. (Mirándola marchar.)
(¡Vamos, que la chica es guapa!)

ESCENA IV.

DICHOS, menos JUANA.

MIGUEL. ¿Y tus amos?
JUAN. Estan buenos.
CLARA. ¡Oh! la impaciencia me mata.
¿Y vendrán pronto?
JUAN. Si vienen
detrás...
MIGUEL. (Viendo aparecer á Diego y Teresa.)
¡Ah!

ESCENA V.

DICHOS, TERESA y DIEGO, de viaje.

CLARA. (Corriendo al encuentro de Teresa y abrazándola con efusion.)
¡Teresa!
TERESA. (Correspondiendo á sus caricias.)
¡Clara!
MIGUEL. Dame un abrazo, sobrino.
(Se abrazan.)
CLARA. Y qué ¿no me dices nada?
¿Sigues siendo tan huron
como antes?...
DIEGO. ¡Miren quien habla!
(Á Juan)
¿Qué se te ha perdido? Puedes
largarte...
JUAN. ¿Si? (Pues en marcha.)

ESCENA VI.

CLARA, TERESA, DIEGO, MIGUEL.

CLARA. ¿Sabes, querida, que estás
muy bella? (Contemplándola con cariño)
Venga otro abrazo!
TERESA. ¡Clara mia! (Estrechándola contra su seno.)
CLARA. (Abrazando á Diego.) Y de rechazo
á tu esposo. (Á él.) ¡Uno y no mas!
DIEGO. Ya ves que no me desvio
aunque me tachas de adusto...
MIGUEL. (Con ironia.)
¡Y haces muy bien!...
DIEGO. (Á Teresa.) Tengo el gusto
de presentarte á mi tio.
MIGUEL. ¡Bribon! No estuviste ciego
para escoger esa cara.
(Á Teresa.)
Como amiga de mi Clara
y como esposa de Diego,
puedes disponer de mí.
TERESA. ¡Gracias! El favor estimo.

CLARA. (Á Teresa.)
¿Qué tal te va con mi primo?
¡Estás satisfecha!...
TERESA. (Dudando.) Si...
DIEGO. (Con intencion.)
Mucho pretendes saber,
prima mia... Pero, ¡calla!
¿Y Martin? ¿Dónde se halla?
MIGUEL. Ya no tardará en volver.
Salió á esperaros...
CLARA. (Con enojo.) Podia
haber regresado ya.
MIGUEL. ¡El infeliz se estará
aguardando todo el dia!
CLARA. Me pone de mal humor
su tardanza...
MIGUEL. ¡Eres fatal!
Si se resiste, hace mal,
si te complace, peor.
CLARA. Vuelta á reñir...
MIGUEL. No te alteres,
que por nada te incomodas.
DIEGO. No es extraño: asi son todas...
¡Reniego de las mujeres!
No se encuentra una entre cien
que salga sensata y buena.
Si uno cede, se condena,
si uno no cede, tambien.
CLARA. (Picada.)
¡Gracias!
DIEGO. No me vuelvo atrás.
CLARA. Siempre fuiste estrafalario.
DIEGO. La mujer es el vicario
que tiene aqui Satanás.
¡Ay del marido que afloja
en la conyugal pelea!
TERESA. (Ap. á Clara.) Ten cuidado, no me vea
llorar...
MIGUEL. (Observándolas.) Doblemos la hoja.
CLARA. (Á Teresa.) ¡Ah! ya comprendo.
TERESA. (Sobresaltada.) Por Dios
que observan...

CLARA. (Haciendo esfuerzos para reprimirse.)
¡Si no mirara!
¡Ya eres buen apunte!...
MIGUEL. (Queriéndola hacer callar.) ¡Clara!...
(¡Qué idénticos son los dos!)
DIEGO. De tu cólera me rio...
MIGUEL. ¡Eh! no riñais ..
TERESA. (Á Clara, afligida.) Te lo ruego.
CLARA. (Á D. Miguel, disimulando su enojo.)
Si lo mandas...
(Tiende la mano á su primo, que permanece impasible.)
MIGUEL. (Con aire de reconvencion.)
Vamos, Diego!...
DIEGO. (Estrechando la mano de Clara.)
Dá las gracias á mi tio.
CLARA. (¡Paciencia!)
MIGUEL. Ya que por fin
la nube se desvanece
sin estallar, ¿os parece
que avisemos á Martin?
CLARA. ¡Si, si! Le debes buscar.
MIGUEL. Dame el baston y el sombrero.
(Clara le dá estos objetos.)
¡Adios! Si viene primero,
que me espereis á almorzar.

ESCENA VII.

DICHOS, menos D. MIGUEL. DIEGO se acerca al velador y hojea los periódicos hasta que, segun indica la escena, se sienta á leer uno CLARA y TERESA, al otro extremo, en el confidente.

DIEGO. Hola! periódicos... Bravo!
y los hay ministeriales,
de oposicion é incoloros...
¡Famoso cajon de sastre!
¿Quién dirá que estos papeles,
penetrando como el aire,
den la luz y las tinieblas,
y á un tiempo animen y maten!

¡La opinion pública en pliegos
de papel, chicos y grandes,
vendida todas las noches
á dos cuartos por las calles!
Veremos lo que se miente...
(Se sienta á leer.)

CLARA. Mira, mientras se distrae
Diego leyendo un diario,
puedes sin temor contarme
lo que pasa...

TERESA. (Vacilando.) No me atrevo...

CLARA. Lo sospecho, ¡pobre mártir!

TERESA. Yo le estimo mucho; pero
si vieras... ¡tiene un carácter!
Ni respirar me permite...

CLARA. Te creo...

DIEGO. (Leyendo.) «Cuando no se hacen
oportunas concesiones,
no hay poder que se afiance.
El mas robusto vacila...»
¡Estas no son mas que frases!

TERESA. ¡Es mi sombra! No me deja
moverme, sin que él lo mande.
Baste que muestre deseos
de salir y pasearme,
para que me tenga presa
y sujeta en una parte.
¡Si lo vieras!...

CLARA. Lo concibo:
no has sabido dominarle.
En cambio yo...

TERESA. (Preocupada.) Vé si escucha.

CLARA. Está leyendo.—No sabe
que cuando se tiraniza
con tanto rigor, es fácil
que falte la resistencia...

DIEGO. (Leyendo en voz alta.)
«En tanto que no se aparte
el poder de ese camino,
correrá riesgos muy grandes.
Gobernar es transigir...»
Asi no gobierna nadie.

CLARA y TERESA. Já, já...
DIEGO. (Levantándose.) ¿Por qué es esa risa?
TERESA. (Asustada.)
Por nada...
DIEGO. No mientas.
CLARA. (Á Teresa.) (Cállate.
Despues podremos hablar
sin que él consiga enterarse.)
DIEGO. ¿Estariais murmurando
como de costumbre?
CLARA. Pase
la descortesia.
DIEGO. ¡Bien!
¿Si exigirás que te trate
con la mayor ceremonia?
CLARA. No, pero...
DIEGO. ¡Pues fuera lance!
Mi señora doña Clara
Zaragoza de Fernandez.
CLARA. (Incomodándose.)
Eres muy necio...
DIEGO. ¡Es que tú
puedes hablar!
CLARA. (¡Badulaque!)
TERESA. Dejadlo...
DIEGO. (Á Teresa.) ¿Qué la habrás dicho
tú? Doscientos disparates.
Si en cuanto hallas ocasion
charlas mas que una comadre.
CLARA. ¿Por qué sin causa la ofendes
de ese modo?
TERESA. (Afligida.) No lo extrañes.
No me puede ver...
DIEGO. (En un momento de espansion cariñosa, repr imién dose en seguida.)
¡Teresa!
¿Qué yo no te quiero!... (¡Zape!
si no resisto, me pierdo,
y llegará á gobernarme
como Clara á su marido.) (En tono áspero.)
Te quiero lo que no vales.
TERESA. (Llorcsa.) ¿Lo ves?

CLARA. ¡Cállate! (No sé
como me contengo... ¡Infame!)

ESCENA VIII.

DICHOS, MARTIN, muy sofocado.

MARTIN. ¡Malhayan las diligencias,
las mulas, los mayorales,
y...
DIEGO. (Abrazándole.) ¡Martin!
MARTIN. (Sorprendido.) ¿Qué es esto? ¿Habeis
llegado aqui por el aire?
DIEGO. No sabias...
MARTIN. Pues si he estado
desde las seis en la calle
de Alcalá, plantado, como
un guardacanton de carne,
esperándoos y...
CLARA. Seria
la primer vez que acertases
en tu vida...
MARTIN. ¡Mujer!
CLARA. ¡Calla!
MARTIN. (Dando un suspiro.)
Callo.
CLARA. ¡Me quemas la sangre!
DIEGO. Vinimos en el correo.
MARTIN. ¡Ya! Como no lo avisasteis...
CLARA. Y luego tu acierto es tanto...
MARTIN. Pero, Clara; no te enfades.
Si hubiera sido adivino
ú otra cosa semejante...
CLARA. ¡Disculpas!
MARTIN. Segun parece
cualquiera que te escuchase,
sospecharia que tú
te has cansado en esperarles,
y que yo...
CLARA. ¡Siempre lo mismo!
DIEGO. (¡Vamos, es insoportable!)
CLARA. ¡Pues! Merced á tu torpeza

ya no podrás prepararte
para hablar en el Congreso
y defender el dictámen...

MARTIN. ¿No te he dicho que no quiero
hablar?...

CLARA. Yo te mando que hables.
¡Hasta de tu buena fama
tengo que cuidar!

MARTIN. (Vencido.) ¡Bien! Baste.
¡Cómo ha de ser!

DIEGO. (Le está dando
á tragar hiel y vinagre.)

TERESA. (Á Clara.) ¡Ay, hija! Le martirizas
demasiado.

CLARA. (Á Teresa.) (No te canses.
Es para que aprendas. Este
es el modo de tratarles.
Asi andan derechos.)

MARTIN. (Acercándose á Teresa.) Prima,
disimúlame si antes
no te he saludado...

TERESA. ¡Vaya!
Bueno fuera que gastases
cumplidos... ¡Déjate de eso!

MARTIN. Pero en fin, mas vale tarde
que nunca. No me dió tiempo
mi mujer...

CLARA. ¡Virgen del Cármen!
¿Ves? Despues dicen que soy
áspera.

MARTIN. ¡Si eres muy suave!
¿Quién sostiene lo contrario?

CLARA. ¿Vienes con pullitas?

TERESA. (Á Clara.) ¡Déjale
ya...

DIEGO. (Ap.) (¡Me dan unos impulsos
de poner paz con un sable!)

MARTIN. Para pasar lo que paso
es preciso ser de jaspe.
¡Si puedo llamar de tú
á Job y á todos los mártires!

CLARA. ¡Vámonos! que no eres digno

de mis inmensas bondades.
¡Ingrato!

MARTIN. (Acercándose á Clara cariñosamente.)
¡Pero Clarita!...

DIEGO. (Separándole.)
(¡Infeliz! No te rebajes.)

TERESA. (Á Clara.)
Le oprimes mas de lo justo.
No tienes razon...

CLARA. (Marchándose con su prima.)
¿Qué sabes?

ESCENA IX.

DIEGO, MARTIN, que se dirige hácia un espejo en ademan de romperle.

DIEGO. (Conteniéndole.)
Detente. ¿Qué vas á hacer?

MARTIN. Iba á romper un espejo,
de rabia... Pero le dejo:
no se altere mi mujer.

DIEGO. Preciso es que te gobiernes
con mas prevision y tino,
desventurado...

MARTIN. (Con resignacion.) ¡Es mi sino!
Yo debí nacer en viernes.
No sabes tú que carcoma
pesa sobre mí!—Te aflijo
con esto;—pero de fijo
es mi paciencia de goma.
Ya ves! Yo no tengo aqui
ni voluntad ni deseo.
Cuanto mas la estira, creo
que dá mucho mas de sí.

DIEGO. ¡Pues me agrada la salida!

MARTIN. Ningun remedio me queda
¿En dónde hay vida que pueda
compararse con mi vida?
Un cañon me asusta menos
que la voz de mi mujer.
Tú no podrás comprender

cómo ha cambiado los frenos.
Su genio es tan dominante
que no se encuentra en la córte,
ni amiga que la soporte,
ni criada que la aguante.
Á todos pone la ley
y con todos se propasa...
Diego, servir en mi casa
es estar sirviendo al rey.
Su absurdo poder mantiene
sin alterarle una tilde...

DIEGO. Y tú eres el mas humilde
de los súbditos que tiene.

MARTIN. ¿Y qué he de hacer, si me apura?
¿Si es mas soberbia que yo?
¿Si ya no falta, sinó
que me mande hacer costura?
Está siempre sobre aviso,
no escucha ruego ni queja,
y es mujer que no me deja
ni aun hablar sin su permiso.
Si salgo, la he de contar
lo que voy á hacer, primero,
y no llevo mas dinero
que el que ella me quiere dar.
No la puedo resistir,
si tardo, que alzando el grito
me dice:—¡Caballerito!
¿Esta es hora de venir?—
¡Mírame bien! Estoy seco
á fuerza de tanto susto.
¡Hasta me viste á su gusto
como si fuera un muñeco!
Y para mayor dolor,
si puede haberlo mas grande,
no es lo malo que me mande
sino que la tenga amor.

DIEGO. Si: la querrás sin poder
vencerte. Estoy persuadido
de que para ser querido
no hay cómo hacerse temer.
Y asi, no me maravilla

la desgracia que te aflige.
¡Es natural! Te lo dije
cuando estuviste en Sevilla.
Te dejaste dominar
y sufres hoy iu castigo.

MARTIN. (Con pena.)
¡Vaya, qué tienes, amigo,
un modo de consolar...

DIEGO. Digo la verdad. ¿Qué quieres
de mí? ¿Te parece bien
que arme en tu casa un belen
y alborote á las mujeres?
¡Cierto que se me han pasado
unas ganas...

MARTIN. Pero, en fin,
¿qué me aconsejas?...

DIEGO. Martin,
¡ya es tarde! Estás deshauciado.
En vano el yugo maldices
que con razon te entristece:
el mal, á lo que parece,
tiene profundas raices.
Si posible una permuta
fuese, sin pasar un dia,
sé que mi prima andaria
mas derecha que un recluta.
Fuera su genio distinto...

MARTIN. Ó no...

DIEGO. Sostengo que sí.
Porque, chico, para mí,
la mujer es como un quinto.
Si no te haces comprender
con solo agitar los labios,
llega á adquirir mas resabios
que una mula de alquiler.

MARTIN. Eso es muy duro...

DIEGO. No tal.
¡Qué poco tu mente alcanza!
Debiera ser la Ordenanza
el código conyugal.

MARTIN. ¡Aplicar al corazon
una ley tan represiva!...

DIEGO. Para mí la dicha estriba
en la subordinacion.
Yo quiero á Teresa, cuanto
es posible: miro en ella
la clara y límpida estrella
de mi ventura y mi encanto
Pero, firme en mi derecho,
ejerzo el poder sin tasa,
y de este modo en mi casa
vivo amado y satisfecho.
Dios la autoridad me dió;
no nací para vasallo,
y nadie levanta el gallo
en donde me encuentro yo.
Mi prestigio perderia
cediendo, y no soy tan bolo:
yo me entiendo y bailo solo.

MARTIN. (Con resignacion.)
¡Pues yo bailo en compañia!

DIEGO. Asi la paz se concilia,
que en otra forma es tan rara.

MARTIN. (Observándole con curiosidad.)
(¡El mismo génio de Clara!...
¿Será herencia de familia?)

DIEGO. Sin contradiccion gobierno,
temido, pero estimado,
mientras que tú, ¡desdichado!
vives siempre en un infierno.
No tendrás dia tranquilo...

MARTIN. ¿Y qué he de hacerlo? No es cosa...

DIEGO. (Como herido por una idea feliz.)
¿Quieres domar á tu esposa?
Hay un recurso.

MARTIN. (Con ansiedad.) ¿Cuál? Dilo.

DIEGO. Para tí difícil es
y tu incertidumbre temo.

MARTIN. (Muy animado.)
¡Haré un esfuerzo supremo!

DIEGO. (Con resolucion.)
¡Pues vuélvete del revés!
(Pausa.)
¿No te resuelves, Martin?

MARTIN. (Con sorpresa.)
Ni es fácil que me resuelva.
¿Conque quieres que me vuelva
lo mismo que un calcetin?
DIEGO. No es eso: no has comprendido...
MARTIN. ¡Claro! mientras no te expliques...
DIEGO. Digo que te modifiques
y aprendas á ser marido;
que demuestres varonil
entereza, y te respete
viendo que no eres juguete
del capricho femenil.
MARTIN. (Con decaimiento.)
No puedo. Ya lo verás.
DIEGO. (Animándole.)
Contradícela siquiera.
MARTIN. ¿Qué haré si se desespera?
DIEGO. No hacer caso ó rabiar mas.
MARTIN. ¿Y si grita?
DIEGO. Tú tambien.
MARTIN. ¡Ay, Diego! no la conoces.
Llorará.
DIEGO. Das cuatro voces,
tomas la puerta, y *amen.*
¡Ánimo!
MARTIN. (Con asombro.) ¿Qué estás diciendo?
Se arderá la casa toda.
DIEGO. ¿Qué es lo que mas la incomoda?
MARTIN. ¡Poco! Todo cuanto emprendo.
Pero luego se la pasa
y me acaricia y me mima...
DIEGO. Para que chille mi prima
hoy no almorzamos en casa.
MARTIN. ¡Eh! no tienes que pensar
en ello: ¡vaya un apuro!
Se irritará...
DIEGO. (Con viva satisfaccion.) De seguro.
MARTIN. (Receloso.)
Yo no...
DIEGO. Déjate guiar. (Toca en el timbre.)
¡Valor! Para no perder
tiempo, ni aun mudo de traje.

¡Va á reventar de coraje
tu carísima mujer!

ESCENA X.

DICHOS, JUAN, cubriéndose un ojo con un pañuelo, como si hubiera recibido un golpe.

JUAN. (Tropezando al entrar.)
¿Qué manda usted?
DIEGO. ¿Estás ciego?
JUAN. Un poco...
DIEGO. ¿Qué te ha pasado?
JUAN. He tenido un altercado...
DIEGO. ¿Y con quién?
JUAN. Con un gallego.
DIEGO. (Con mal tono.)
¿Ya moviste una pendencia?
JUAN. (¡Á mentir!) Bien sabe Dios
que tienen la culpa los
mozos de la diligencia.
El lance tomó mal sesgo,
y comprendí en dos minutos
que Dios dá fuerza á los brutos,
porque lo sean sin riesgo.
MARTIN. ¡En luchas tan desiguales
entras!...
JUAN. Sin ningun reparo
tuvo uno de ellos descaro
para exigir cuatro reales.
—¡Calla!—le dije—¡Gandul!
Si por llevar la maleta
me pides una peseta,
¿qué pedirá el del baul?
¡Ladronzuelo!—¿Yo ladron?
repuso, y alzando el brazo
me plantificó un guantazo
para acabar la cuestion.
¡Y tomó bien la medida
del ojo! Pero despues
le dí un revés... ¡qué revés!
¡No vuelve á oler en su vida!

DIEGO. (Alterado.)
¿Asi alborotas, villano,
la casa?
JUAN. (Cuadrándose.) Mi capitan,
es que...
DIEGO. Intenciones me dan
de saltarte el ojo sano.
Yo te quitaré la gana
de armar camorra, y muy presto.
JUAN. (Me luzco si sabe que esto
es un cariño de Juana.)
DIEGO. Verás qué tunda te doy
si de vida no mejoras.
JUAN. Yo...
DIEGO. (Interrumpiéndole.)
¡Basta! Dí á las señoras
que no nos esperen hoy...

ESCENA XI.

DICHOS, CLARA, TERESA.

MARTIN. (Viéndolas salir.)
No es menester. Aqui vienen...
Hoy va á haber truenos y rayos!
CLARA. (Á Teresa.)
Conque adelante y no temas,
que por tí quedará el campo.
(Viendo á Diego y Martin con los sombreros y en actitud de salir. Sorprendida.)
¿Qué es esto? ¿Os marchais?
DIEGO. Si, Clara.
Nos marchamos...
MARTIN. (Con timidez.) Nos marchamos...
DIEGO. Á almorzar fuera.
MARTIN. (Cada vez con mas temor.) Á almorzar
fuera... (¡No sé lo que hablo!)
CLARA. (Reprimiéndose, á Diego.)
Tienes muy poca memoria.
¿No sabes que te ha encargado
papá que espereis?...
DIEGO. (Con indiferencia.) No importa.

Le dices en donde estamos.

MARTIN. Si, le dices...

CLARA. (*Con un arranque de ira.*) Lo que digo
es que estais desatinados.
No saldrás. (*Á Martin.*)

DIEGO. (*Á Martin.*) (No retrocedas:
ya llegó el instante amargo.)

MARTIN. (*Violentándose.*)
¡Si saldré!... (Dios me perdone;
pero ya brillan relámpagos.)

CLARA. ¿Te revelas?...

MARTIN. (*Decidido.*) Me revelo,
me insubordino y me planto.

DIEGO. (*Animándole.*) ¡Bien!

JUAN. (*Ap.*) (Si parece esta casa
un reñidero de gallos.)

CLARA. (*Indignada, conteniéndose cuanto pueda.*)
No has de moverte de aqui.
Te lo pido... ¡Te lo mando!

MARTIN. Pues de las órdenes tuyas
he resuelto no hacer caso.

DIEGO. Eso es justo... (*Á Martin.*) ¡Firme, firme!

CLARA. (*Sorprendida.*) estoy viéndolo, y no alcanzo
á comprender tu osadia.

MARTIN. Lo siento mucho y me marcho.

TERESA. Dice bien Clara...

DIEGO. (*Con violencia.*) Señora,
no es exacto...

TERESA. (*Con desabrimiento.*) Sí es exacto.

MARTIN. (*Á Diego.*) Vámonos, Diego.

CLARA. (*Interponiéndose entre ambos.*) No quiero.

MARTIN. (*Casi vencido ante la actitud resuelta de Clara.*)
Si te opones...

DIEGO. (*Con ira á Martin.*) ¡Mentecato!
¿Vas á humillarte?

MARTIN. (*Recobrando momentáneamente su energia.*)
¡Está dicho!

DIEGO. ¡Si!

JUAN. (*Ap.*) (¡Me escurro. No haga el diablo
que se arme la gorda, y lleve
yo mi segundo guantazo.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos JUAN.

CLARA. (Llorando de cólera.)
¡Madre mia, madre mia!
MARTIN. (Acercándose.)
Pero Clara...
DIEGO. (Conteniéndole.) (Sé mas cauto.)
MARTIN. (Á Clara.)
No te aflijas...
DIEGO. (Á Martin ap.) (¡Qué te pierdes!)
(En voz alta.)
¿No recuerdas que te aguardo?
CLARA. (Con forzada indiferencia.)
¡Bien! nosotras esta noche
nos iremos al teatro
con papá...
TERESA. (Con intencion.) Lo hemos resuelto.
DIEGO. (Fuera de sí.)
¿Quiénes? ¿Dónde? ¿Cómo y cuándo?
TERESA. Nos buscais á la salida,
si quereis.
DIEGO. ¿Somos lacayos
por ventura?
CLARA. (Á Teresa.) (No desmayes.)
TERESA. (Á Clara.)
(¡Prima mia, estoy temblando!)
CLARA. Teresa no es una esclava.
DIEGO. Ni Martin es un esclavo.
CLARA. (Furiosa.)
Lo que yo observo es que tú
le has levantado de cascos.
DIEGO. (En el mismo estado.)
Y tú á mi mujer.
MARTIN. (Á Clara.) No quiero
ser tu víctima...
TERESA. (Á Diego.) Me canso
de tanta opresion.
DIEGO. (Á su mujer.) ¡Señora!
CLARA. (Á Martin.)

¡Marido!

DIEGO. (Á Clara.) ¡La has engañado!
Has pervertido á Teresa,
que era buena...

CLARA. Y tú muy malo.

MARTIN. (Llevándose del brazo á Diego.)
¡Vamos!

DIEGO. (Á Teresa.) ¡No saldrás de casa!

TERESA. (En tono de amenaza.)
¿Que no? (Á Clara.) Manda por un palco.

CLARA. (Deteniendo á su marido.)
¡No!

MARTIN. (Rechazándola.)
¡Si!

TERESA. (Á Diego.) ¡Si!

DIEGO. Ya lo veremos
mas tarde...
(Momento de confusion, que debe animarse lo mas posible con la viveza del diálogo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, D. MIGUEL, por el fondo.

MIGUEL. (Entrando.) ¡Vaya un escándalo!

DIEGO. ¡Es Clara!

CLARA. ¡Es Diego!

TERESA. ¡Es Martin!

MARTIN. ¡Es Teresa!

MIGUEL. (Aturdido.) ¡Cielo santo!
¿Qué es lo que pasa? No doy
por vuestro juicio dos cuartos.

TODOS. Escuche usted...

MIGUEL. Nada escucho.
¡Haya paz en el cotarro!
Y puesto que aqui es preciso
mandar con cara de palo...

CLARA. Son ellos...

MIGUEL. (Con imperio.) ¡Silencio! Yo
tambien me erijo en tirano.
(Con cómica autoridad.)
La insurreccion se apacigüe

ó la ley marcial proclamo.
(Á Clara y Diego, que quieren interrumpirle.)
¡Nadie resista! ¡Á almorzar!
Marchen... ¡Paso redoblado!
(Empuja á Diego y Clara sin dejarles hablar, y lleva del brazo á Teresa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO y CLARA, en el confidente. TERESA, al extremo opuesto leyendo en un libro.

CLARA. ¡Jesus! tengo una impaciencia...
¿Si hablará bien?
DIEGO. Mucho me temo
que diga mil desatinos
y se le burle el Congreso.
CLARA. (Molestada.)
¡Lo de siempre!...
DIEGO. Y lo repito.
¿Te parece que el empeño
tuyo, le dará palabra
y resolucion é ingenio?
Si se hubiese resistido,
no se veria en el riesgo
de pegar un batacazo
parlamentario...
CLARA. (Impaciente.) ¿Volvemos
á las andadas? Yo sé
que ha de producir efecto
en la Cámara. ¡Pues poco

se ha ensayado!...

DIEGO. ¡Bueno, bueno!
No he de reñir porque salga
del peligro en que le has puesto,
con toda felicidad.

CLARA. ¿Dices que yo?

DIEGO. Y lo sostengo.
¡Estará bien que te quieras
disculpar! Con el almuerzo
en la boca, le empujaste
al precipicio.—Que quiero
que hables.—Mujer, si no sé.
Si hasta cuando voto, tiemblo
como un azogado.—¡Mientes!—
—Ya verás cómo me estrello.
—¿No te sabes de memoria
el discurso? ¿Ante el espejo
no le has estudiado?—Y tuve
de mi misma imágen miedo.
¿Qué será allí?—Pues no hay mas.
Has de romper tu silencio
vergonzoso.—Que no, digo.
—Que sí.—Verás cómo vuelvo
hecho una lástima...—¡Dále!
ve y no respondas.—Te advierto,
que despues los periodistas
van á quitarme el pellejo.
—Diputado de resorte
no has de ser.—Y asi diciendo
y haciendo, le encasquetaste
en la cabeza el sombrero,
le diste el baston, y como
se manda un chico al colegio
le hiciste salir.—¡No tienes
disculpa!...

CLARA. Por lo que observo,
el interés que me inspira
Martin es crimen horrendo.

DIEGO. Si no fuera en contra suya...

CLARA. Yo le conozco y preveo
que será orador...

DIEGO. Lo mismo

que una esquina...

CLARA. Mira, Diego,
que estás muy pesado. ¡Vaya,
te aseguro que en venciendo
su timidez, podrá hablar
como Olózaga ó Pacheco.
Todo está en el primer paso...

DIEGO. ¿El primer paso? Concedo.
Cuentan que en cierta ocasion
un fanfarronazo de esos
que forman corro y refieren
los casos mas estupendos,
por echarla de sufrido
decia, que en un encuentro
con la faccion, de un sablazo
le rebanaron el cuello;
pero que él, en tal apuro,
alzó con calma, del suelo,
la cabeza, y sin perder
la compostura un momento,
paso á paso, media legua
fué por cañadas y cerros,
con la cabeza en las manos,
hasta el hospital del pueblo.
Y un chusco que le escuchaba,
dijo entonces:—Lo comprendo,
porque, dado el primer paso,
lo mismo es uno que ciento.—
Eso digo yo. Si sale
Martin tal cual del primero...

CLARA. ¡Vaya si saldrá! Y si quieres
que no riñamos, dejemos
la cuestion...

DIEGO. Enhorabuena.
Ya el mal no tiene remedio...

CLARA. (¡Uff, qué posma! Es insufrible.)
(Á Teresa.)
Primita, ¿qué estás leyendo
con tanto afan...

DIEGO. (Irónicamente.) ¡Novelitas
románticas!...

TERESA. Pues no es cierto.

Es la *Imitacion de Cristo.*

CLARA. (Con sorna.)
Puede serte de provecho
la lectura. Aprenderás
á tener paciencia.

DIEGO. ¡Veo
que eres muy burlona!

CLARA. (Con intencion.) ¡Vaya,
si tu marido es travieso!
Ha conocido que yo
paciencia te recomiendo
para soportarle...

DIEGO. (Algo incómodo.) ¡Clara!...

TERESA. ¿Es de rúbrica que estemos
siempre engrescados...

DIEGO. (Á Teresa en tono de reconvencion.) Si tú
no hubieras ido con cuentos
á tu prima...

CLARA. ¿No me basta
saber quién eres?

TERESA. No hay medio
de cambiar su humor...

DIEGO. (Á Clara.) En todo
revelas tu mal deseo,
tu hostilidad...

CLARA. (Con calma forzada.) Ten la lengua...

DIEGO. Figúrate que no quiero.

CLARA. Si te bastas y te sobras
para trastornar un reino.

DIEGO. ¿Te pensarás que he olvidado
lo del teatro? El enredo
que urdiste hace poco para
armar un pronunciamiento
entre mi mujer y yo?
Ya sé que la das consejos
imprudentes...

CLARA. Pues no hay duda
que los tuyos son soberbios!
Tú que metiste á Martin,
que es dócil como un cordero,
sin mas ni mas, en la horrible
conspiracion del almuerzo.

Arrancarle de mi lado
tan traidoramente!...

DIEGO. (Sin hacerla caso.) Debo
decirte, que si algun dia
el menor disgusto tengo
con ésta, como conozco
tu mala intencion, te cuelgo
el milagro...

CLARA. (Desdeñosamente.) Piensa el ruin
que todos son de su genio.

TERESA. ¡Callad, por Dios!

DIEGO. (Á Clara.) ¡Vaya un ángel!

CLARA. Lo dicho, dicho...

ESCENA II.

CLARA, DIEGO, TERESA y D. MIGUEL.

MIGUEL. Á buen tiempo
llego. Soy como Mercurio:
vengo con mi caduceo
á poner paz entre dos
culebras...

DIEGO. (Amostazado.) Tio, no apruebo
la comparacion...

MIGUEL. ¡Si estais
constantemente gruñendo!...

DIEGO. Yo soy prudente. ¡Me paso
de prudente!...

MIGUEL. (Con ironia.) Ya lo veo.

DIEGO. Solo que Clara es capaz
de desesperar á un muerto.

CLARA. ¡Mujer mas sensata!...

MIGUEL. (En el mismo tono) ¡Mucho!

CLARA. Sino que Diego es tan terco...

TERESA. ¿No os callareis?

DIEGO. ¡Vente ahora
con ayes! Cuando recuerdo
el complot de hoy, siento impulsos
de...

CLARA. ¡Basta! No te consiento

que la injuries sin motivo.

TERESA. Se pasará hablando de ello
mil años...

DIEGO. Con razon.

MIGUEL. ¡Calma,
calma!

DIEGO. ¡Como no me dejo
dominar!...

TERESA. No quiero oirte.
De tu carácter reniego.

CLARA. ¡No tiene cura!...

TERESA. (*Con la mayor afliccion.*) ¡Qué suerte
la mia...

ESCENA III.

DICHOS, menos TERESA.

MIGUEL. ¿Estás satisfecho?

DIEGO. No, señor, hasta que tome
los billetes del correo
y vuelva á Sevilla...

CLARA. Es claro.
Allí, como no te vemos,
puedes hacer de las tuyas
sin obstáculo y sin riesgo.

DIEGO. (*Á Miguel.*)
¿Ve usted?...

MIGUEL (*Reprendiéndola.*) ¡Mujer!

CLARA. Si estuviera
en su lugar, ten por cierto
que te amansaria...

MIGUEL. ¡Calla!

DIEGO. Lo veriamos...

MIGUEL. ¡Silencio!
La verdad es, ya que os hablo
donde nadie me ha de oir,
que no se os puede sufrir,
que sois de la piel del diablo.
¡Guarda, Pablo!
Pues si es tan flaca la base
que sostiene el matrimonio,

anda y que cargue el demonio
con el tonto que se case.

DIEGO. ¡Tio!

MIGUEL. No hay tio que valga.
Vuestra vida es un tormento.
Yo he de decir lo que siento,
salga el sol por donde salga.
No es hidalga
vuestra dura condicion;
y al veros duda cualquiera
si eres mujer ó pantera,
si eres marido ó leon.

DIEGO. Se equivoca usted. Protesto.
Mi genio es dócil y blando;
mas solo en mi casa mando
y quiero ocupar mi puesto.
Yo detesto
la doctrina liberal:
con Teresa no discuto.
Quiero ser rey absoluto,
no rey constitucional.
Donde el hombre no hace alarde
de autoridad soberana,
hay motin por la mañana
y rebelion por la tarde.
¡Calomarde,
Calomarde quiero ser!
Viva mi prestigio ileso
que el poder es como el queso,
si se encienta, ¡adios poder!

CLARA. Si, si! Todos son lo mismo!
No ví mayor tirania!

MIGUEL. Sospecho que el mejor dia
os sorprende un cataclismo.
Al abismo
correis los dos...

DIEGO. (Mal humorado.) Está bien.
Pues no desisto.

CLARA. (Con resolucion.) No cejo.

MIGUEL. Si rechazais mi consejo.
¡Dios os salve!

CLARA. ¡Amen!

DIEGO. ¡Amen!
MIGUEL. Con mi conciencia he cumplido.
Si os parece mal, no hablemos
del caso ¿Con que á estas horas
estará Martin haciendo
su *debut* parlamentario
en favor del ministerio?
CLARA. Si, señor.
MIGUEL. ¿Por qué no vais
á oirle hablar?
CLARA. (Indecisa.) No me atrevo...
DIEGO. (Maliciosamente)
¿Tienes temor? ¡Qué simpleza!
¿No estás segura del éxito?
CLARA. Si que lo estoy; pero ..
DIEGO. (Con insistencia provocadora.) ¡Vaya!
Si quieres ir, yo me ofrezco
á acompañarte .. ¿Vacilas?
Ya lo sospechaba. (Con aire de triunfo.)
CLARA. (Con energia.) ¡Acepto!
No imagines que tus pullas
me acobardan. (Llama con el timbre.)
DIEGO. Lo celebro. .
CLARA. (Á Miguel.)
¿No vienes tú?
MIGUEL. No, hija mia.
Estoy cansado. Os espero
aqui... Toma los billetes
de la tribuna... (Dándoselos.)
DIEGO. (Ap.) (Prometo
divertirme á costa suya.)
CLARA. (Ap.) (¡Buen chasco te aguarda!)
(Á Juana, que aparece en la puerta izquierda.)
El velo.
DIEGO. (Con intencion.)
Veremos á don Martin
Fernandez de Castroviejo,
siendo, merced á la esposa,
el pasmo del parlamento.
Já, já, já.
MIGUEL. (Á Diego.) Sé mas formal.
CLARA. (Haciéndose la indiferente.)

¿Quién hace caso de un necio?

ESCENA IV.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Aqui tiene usted, señora,
el céfiro...
CLARA. Bien está.
DIEGO. (A Miguel.) Vea usted! Se juntan el
céfiro y el huracan...
MIGUEL. (Tapándole la boca.)
¡Chist!
CLARA. (Ante el espejo á Juana.) Préndele con cuidado.
JUANA. Si, señora.
CLARA. (Despues de unos momentos.) ¿Acabarás?
JUANA. (Con tono respetuoso; pero intencionado, que crecerá en cada una de las contestaciones sucesivas.)
Si, señora!...
CLARA. (Impacientándose.) ¡Eres mas torpe!
No se te puede mandar
nada...
JUANA. ¡Si, señora!
CLARA. (Con apresuramiento.) ¡Dame
esas horquillas! Si no hay
mujer mas inútil...
JUANA. (Apurada.) ¡No,
señora!...
CLARA. ¡Déjame en paz!
JUANA. (No me lo dirás dos veces.)
CLARA. (Á Diego.) ¿Vamos?
DIEGO. (Yo te haré rabiar.)
CLARA. Dame el brazo. .
DIEGO. Dóite el brazo.
Hasta luego... (Á D. Miguel.)
CLARA. Adios, papá.

ESCENA V.

D. MIGUEL, JUANA.

UANA. ¡Uy! ¡Me requemo la sangre!
¡Qué desdicha es aguantar
estas maldades! Si tiene
un humor de Barrabás.
¡Ya me canso, ya me canso!
Pues como me falte la
paciencia, sabrá quien es
Juanilla Moratalaz.

MIGUEL. (Acercándose.)
¿Qué murmuras?

JUANA. (Con descoco.) No soy fuente.

MIGUEL. ¡Vaya una barbaridad!

JUANA. ¿No ve usted de qué manera
me trata? Siempre de mal
en peor. Y ya no aguanto.
No quiero. ¡No aguanto mas!
Y mi lengua es un cuchillo,
y si me desboco... ¡Bah!
¡Pues no tengo yo en el barrio
poquita celebridad!

MIGUEL. Tendrás la que gustes; pero
no te permito faltar
á tu señora. Si acaso
poco satisfecha estás,
vete enhorabuena...

JUANA. ¡Y tanto
como me iré! Pensará
usted que en Madrid no tengo
en donde ganar el pan?
¿Y con mis manos? Yo lavo,
yo friego, yo sé planchar,
y soy fiel...

MIGUEL. ¿De qué? ¿De fechos?

JUANA. Y hay gentes de calidad,
entre otras una frutera
de la calle de Alcalá,
á quienes pedir informes...

MIGUEL. No es menester: tú los das.
JUANA. Y ya tiene encargo, el
zapatero del portal
de enfrente, de buscar casa
para mí...
MIGUEL. (Con enojo.) ¿Quieres callar?
Si pareces una espita
suelta...
JUANA. Pues es la verdad.
MIGUEL. Dí á Teresa que la espero,
y con tu charla infernal
no me atruenes los oidos.
JUANA. Y digo bien!...
MIGUEL. (Serio.) Basta ya!

ESCENA VI.

D. MIGUEL.

Y yo la juzgaba muda...
¡Qué desatinado hablar!
La pobre debe tomarlo
con mucha necesidad.
Ya se vé! como mi Clara
es tan tiránica y tan...
En fin, no vale la pena,
y es ocasion de pensar
en el medio de poner
á estos muchachos en paz.
Para conseguir mi objeto
tendré que apelar quizás
á algun remedio tan grave,
cual la misma enfermedad.
Si no lo arreglo en seguida
no sé como acabarán.
Es menester que escarmienten...
¡Ánimo! Y ello dirá.

ESCENA VII.

D. MIGUEL, TERESA.

MIGUEL. (Viendo entrar á Teresa y saliendo á su encuentro.)
Hija mia...
TERESA. ¿Me ha llamado
usted?
MIGUEL. Si. Quiero tratar
contigo de un grave asunto
TERESA. (Sorprendida) ¡De un grave asunto! ¿Y de cuál?
MIGUEL. Siéntate. No te incomodes
si te digo una verdad
como un templo...
TERESA. Usted no puede
ofenderme.
MIGUEL. Pues ahí va.
Mi señor sobrino y tu
esposo don Diego Orgaz,
mirado de arriba á abajo
es un solemne animal.
TERESA. (Asustada.)
¡Jesus!
MIGUEL La palabra es dura;
pero no me vuelvo atrás.
Acostumbrado á la vida
de cuartel, piensa quizá
que se gobierna una casa
como un campo militar.
Que venga ó no venga á pelo
nos la echa de capitan,
y lo mismo que si fueses
un conspirador audaz,
te somete á sus consejos
de guerra...
TERESA. ¡Tio!...
MIGUEL. (Interrumpiéndola.) Aun hay mas.
TERESA. Diego es vivo..
MIGUEL. En su cabeza,
que es un reten, siempre estan
los pensamientos armados,

y en disposicion de dar
cargas de caballeria,
vengan bien ó vengan mal.
Sus ojos son una ronda
de capa, astuta y sagaz,
que inquiere, penetra y busca
tu intencion con hondo afan.
Si callas, te mira y dice:
—Diablo! ¿por qué callará?—
y soñando en rebeliones
vive en perpétua ansiedad.
¡Nada, nada! Esto no debe
seguir asi! Hay que buscar
un medio para que acabe
este *estado escepcional.*
¡Rómpase la disciplina!

TERESA. (Asustada.)
¡Dios santo!...

MIGUEL. ¡Estalle el volcan!
Abajo la dictadura
y ¡viva la libertad!
¿Tienes valor?

TERESA. (Con desaliento.) No es gran cosa.

MIGUEL. Es preciso castigar
á tu esposo...

TERESA. (Con duda.) Eso se dice;
pero ¿cómo?...

MIGUEL. Ahora verás.

ESCENA VIII.

DICHOS, MARTIN, aturdido y sofocado, que se deja caer sin fuerzas sobre el confidente.

MARTIN. ¡Ay!
(Teresa y Miguel se le acercan con interés y zozobra.)

TERESA. ¿Qué es eso? ¿No estás bueno?

MIGUEL. Dilo pronto...

MARTIN. (Con amargura.) No señor.
Hágame usted el favor
de propinarme... ¡un veneno!

Sáqueme usted de un estado
que me fatiga y abruma.
¡Máteme usted!

MIGUEL. Pero, en suma
cuéntanos lo que ha pasado.

MARTIN. ¿No adivina usted?

MIGUEL. (Recapacitando.) No sé...
¡Ah! si: no pensaba en eso.
¿Has tenido en el Congreso
algun percance?

MARTIN. (Suspirando.) Tal fué
en aquel sitio mi atranco
que en mil años no lo olvido.
¡Ay! quién hubiera podido
esconderse bajo un banco!
Esto se llama caer
de plano, en medio del lodo.
¡He quedado bueno! Y todo
por culpa de mi mujer.

TERESA. ¡Pobre infeliz!

MARTIN. (En tono de queja.) Yo vivia
en santa y dichosa calma,
sin que agitara mi alma
la *político-mania.*

MIGUEL. ¿Y quién te mete en tal cosa?...

MARTIN. Un dia ¡maldito sea!
despertó con una idea
extravagante mi esposa.
Y me dijo:—¡Muestra al fin
inclinaciones hidalgas!
Quiero que brilles y valgas
ante la Europa, Martin.
Y que á conocer te des
con tu elocuencia y tu brio.—
Yo sentí un escalofrio
de la cabeza á los pies.
—Tienes abundante copia
de bandos en que elegir.
Y si no quieres seguir
una *política propia,*
puedes ser, y es lo mejor,
conservador-liberal

ó si te parece mal,
liberal-conservador.
Ó unionista, ó moderado,
ó republicano, ó neo.
Yo únicamente deseo
que te elijan diputado.
—No lo seré.—Lo serás.
—¿Y qué entiendo de eso yo?
—Pues no parece sinó
que lo entienden los demas!—
¿Ay, sucumbí! ¡Estaba escrito!
y para colmo de males
gasté unos miles de reales
en prepararme un distrito.
Y con toda sumision
por evitar alborotos,
fuí y solicité los votos
de una villa de Aragon.
Allí, con grandes esfuerzos,
me eligieron los vecinos,
merced á cuatro destinos,
mil duros y dos almuerzos.

MIGUEL. Sé dónde vas á parar
con tu historia...

MARTIN. Yo creia
que mi esposa quedaria
satisfecha... ¡Era soñar!
Porque, apenas tomé asiento,
me dijo:—¡Martin, valor!
Tú debes ser orador:
lúcete en el parlamento.—
—Te engañas.—¿Qué sabes tú?
La lucha sin miedo entabla—
—Y si...—No te apures, habla.—
¡Y hablé al fin y dije *mu*!
Nunca en tal lance me ví,
y debo estar satisfecho
si las figuras del techo
no se burlaron de mí.
Pues lo que es el auditorio
que á la sesion asistia,
ha tenido á costa mia

un buen rato de jolgorio.
¡Qué coalicion tan estrecha
contra mí, formaron dentro,
los diputados del centro,
de la izquierda y la derecha!
Y yo escuchaba:—Aunque arrecie
la tempestad, será eterno,
si defienden al gobierno
oradores de esta especie —
Y con cierta impertinencia
decia la gente chusca:
—¡Bien haya un poder que busca
los hombres de inteligencia!—
¡Ay, temí perder la vida!
y gracias á estos transportes,
mas que una sesion de Córtes
aquello fué una corrida.
¡Qué bullicio, qué algazara,
qué confusion, qué trastorno!
De pensarlo me abochorno
y se me enciende la cara.

MIGUEL. ¡Y Clara que quiso ver
tu triunfo... ¡Suerte maldita!

MARTIN. (Con enojo.)
¿Si? Me alegro de la grita
porque rabie mi mujer.
Ella, con su genio adusto
es mi mayor enemigo.
De fijo acaba conmigo.
¡Voy á morirme del susto!

MIGUEL. (En un arranque de indignacion.)
¡Nada, nada! Ya estoy harto...

TERESA. ¿De qué?

MIGUEL. De veros sufrir.
Y esto no puede seguir
mas tiempo. Yo no comparto
con Clara y Diego, el peligro
de una opresion que sentencio.
Con tolerarlo en silencio
solamente, me denigro.
Romperé esa violenta
esclavitud...

MARTIN. (Con desconfianza.) Pero ¿cómo?
MIGUEL. Ese es mi secreto. Tomo
vuestra causa por mi cuenta.
¿Quereis?
MARTIN. (Dudando.) Se puede enfadar
mi mujer...
TERESA. (Temerosa.) Si mi marido
se incomoda...
MIGUEL. (Con desprecio.) ¡Habeis nacido
para sentir y llorar!
¡Si no servis para nada!
Yo puedo dar testimonio
de ello...
MARTIN. (Vacilando.) No sé...
(Decidiéndose.) ¡Qué demonio!
¡Pues voy á hacer una hombrada!
TERESA. Entonces por mí no queda
tampoco.
MIGUEL. ¡Punto redondo!
No hablemos mas. Yo respondo
de todo cuanto suceda.
El temor está de mas.
MARTIN. (Regocijado.)
¿De veras?
MIGUEL. (Á Teresa.) Pónte un abrigo
y vamos...
TERESA. (Incierta.) ¿Dónde?
MIGUEL. Conmigo.
TERESA. (Resistiéndose.)
Pero...
MIGUEL. ¿Te vuelves atrás?
TERESA. (Violentándose.)
¡No, señor!

ESCENA IX.

D. MIGUEL, MARTIN.

MIGUEL. Vais á vivir
mas libres desde mañana.
(Llamando con el timbre.)
Enteraremos á Juana

de lo que debe decir.

MARTIN. Pero yo tengo interés
en conocer de qué modo
se hará el milagro...

MIGUEL. De todo
os enteraré despues.

ESCENA X.

DICHOS, JUANA.

JUANA. ¿Qué se ofrece?

MIGUEL. Quiero hacerte
una prevencion...

JUANA. ¡Pues venga!

MIGUEL. Nosotros nos vamos...

JUANA. Vayan
ustedes enhorabuena.
¿Á mí qué me importa?...

MIGUEL. (Interrumpiéndola.) Escucha.
Es fácil que cuando vuelvan
los señores del Congreso
echen de ver nuestra ausencia...

JUANA. ¿Y qué? Les diré que ustedes
salieron juntos...

MIGUEL. No es esa
la respuesta que has de dar.

JUANA. Pues daré la que convenga.

MIGUEL. Mira. Nosotros estamos
preparando una sorpresa
agradable... En fin, no es justo
que tú tampoco la sepas;
y como pudiera ser
que cayesen en la cuenta
con el mas mínimo indicio,
si te preguntan, contestas
que no nos has visto entrar
ni salir.—Asi no pecas.—

JUANA. Pondrán el grito en el cielo;
de seguro...

MARTIN. Nada temas...

JUANA. ¿Yo temer? Usted no sabe

cómo tengo el alma. ¡Buena
soy yo para que me asusten!
Y mas cuando estoy resuelta...
¡Vamos! ¡si tengo unas ganas
de decirles cuatro frescas!

MIGUEL. (Reprendiéndola.)
¡Muchacha!

JUANA. (Con descoco.) ¡Asi como asi,
ya sé donde está la puerta!

MARTIN. ¡Qué avilantez!...

MIGUEL. (Desentendiéndose de todo.) No perdamos
el tiempo en charlar, no sea
que nos encuentren en casa
y malogremos la empresa.
¿Con que estás? (Á Juana.)

JUANA. Descuide usted,
que el mentir bien poco cuesta.

MIGUEL. ¡Ah! me olvidaba. Conviene
que á Juan tambien le prevengas...

JUANA. ¡Ya se entiende!

MIGUEL. (Viendo salir á Teresa.) Pues entonces
vamos.—Ya está aqui Teresa.

ESCENA XI.

DICHOS, TERESA, vestida para salir.

TERESA. (Con gran incertidumbre.)
Es que no me determino...

MIGUEL. Esto se hace y no se piensa.

MARTIN. (Tambien dudoso.)
Si; pero...

MIGUEL. (Llevándoselos.) ¡Andando! En el riesgo
la resolucion se muestra.

ESCENA XII.

JUANA.

¿Qué tramarán? ¡Lo que gusten!
¿Qué mas dá?... No me haré vieja
en esta casa de locos,

siempre alterada y revuelta.
¡Anda, y que lo sufra el diablo!
Que la nieta de mi abuela
no está acostumbrada á ser
dominguillo de un cualquiera.
¡No faltaba mas!

ESCENA XIII.

JUANA, JUAN, asomando la cabeza por la puerta de la izquierda.

JUAN. Juanilla,
¿estás sola?
JUANA. ¿No lo observas?
La pregunta es excusada.
JUAN. Pues cállate la respuesta.
¿Sigues lo mismo?
JUANA. Lo mismo.
JUAN. ¿No te ablandas?
JUANA. No soy breva.
JUAN. Mira que te quiero mucho.
JUANA. Pues haces mal; no me quieras.
JUAN. Mira que llevo tu imágen
grabada en las entretelas
del corazon...
JUANA. (Con desden.) ¡Trapo viejo!
JUAN. Mira que si me desprecias
hago una barbaridad.
JUANA. Dime, ¿será la primera?
JUAN. ¿Sabes que me dan impulsos
de armarla... Pero ¡prudencia!
Tengamos la fiesta en paz.
JUANA. Tengamos en paz la fiesta,
y no te canses. ¡Bonito
acomodo! ¿Quién se arriesga
á esperar mas de dos años,
á que te den la licencia?
JUAN. ¿Es decir, que me deshaucias?
JUANA. De los pies á la cabeza.
¡Los maridos no se cazan
como conejos, á espera!
Hay que cogerlos al vuelo.

JUAN. ¡Permita el cielo que pierdas
toda la pólvora en salvas!
JUANA. ¡Antes ciegues que tal veas!
JUAN. En fin, ¿no hay remedio?
JUANA. No.
JUAN. Puede ser que te arrepientas
y que llames algun dia
á Cachano con dos tejas.
¡Novios como yo no salen
á cada paso!...
JUANA. (Irónicamente.) ¿De veras?
¡Todo un señor asistente!
¡Vaya un príncipe!
JUAN. (Quemado) Oye, reina
relamida y redomada,
¿qué emperador te corteja?
El preste Juan de las Indias
debe estar hecho un babieca
por tí...
JUANA. (Indignada.) No me falte usted,
que me falta la paciencia!...
JUAN. ¡Si eso fuera solo!...
JUANA. ¡Vamos!
¡busca usted jaleo!...
JUAN En esta
casa se riñe por todo,
y es costumbre que se pega.
JUANA. ¡Deslenguado!
JUAN. Eso no es cierto.
¡Si tengo un palmo de lengua!
JUANA. ¡Clavada debiera estar!
JUAN. Y la de usted con pimienta.
JUANA. (Amenazándole.)
¿Usted quiere que repique
segunda vez?...
JUAN. (En tono de chunga.) Si desea
echar la campana á vuelo,
puede...
(Óyese llamar.) ¡Llaman á la puerta!
Serán los amos. Si notan
algo... *¡Sálvese el que pueda!* (Escapando.)

ESCENA XIV.

JUANA, despues CLARA y DIEGO.

JUANA. Ha de pagármelas todas
el muy pillo.—Á punto llega
la señora. Me parece
que no se acaba sin gresca
el dia.—¡Estoy para bromas!

DIEGO. (Á Clara entrando. Clara abatida y preocupada.)
¿Has quedado satisfecha
del éxito? Te lo dije.
Ya ves que soy buen profeta.

CLARA. ¡Por Dios! no me desesperes.
Despues de llevar la arenga
tan bien estudiada...

DIEGO. En cambio
ambos llamasteis á medias
la atencion del auditorio.
Él, diciendo mas simplezas
que el tonto de Coria, y tú
interrumpiendo la escena
con un desmayo. ¡Famoso
final!...

CLARA. (Con intencion.) Dime, ¿es que te alegras
del desastre?

DIEGO. En el momento
de entrar nosotros, ¿te acuerdas?
soltó un gallo... ¡Vaya un gallo!
Ni el de Moron cacarea
mejor...

CLARA. (Con ira.) ¡Siga la bromita!

DIEGO. (Alterado.) Pues si no hablara de veras,
no sé... ¡Cuando pienso en ello
la sangre bulle en mis venas.

CLARA. ¡Callaremos! (Á Juana.) ¿Ha venido
el amo?... (Impaciente.)¡Vamos, contesta
pronto!...

JUANA. (Asperamente.) No le he visto.

DIEGO. ¿Está
en su habitacion Teresa?

JUANA. (En el mismo tono.)
No la he visto.

DIEGO. ¿Y don Martin?

JUANA. (Lo mismo.)
No le he visto...

CLARA. Eres muy ciega.

JUANA. (Con desgarro.)
¡Puede!

GLARA. Y una respondona
con poquísima vergüenza.

JUANA. (Con aire resuelto.)
Seré lo que se le le antoje
á usted; pero no portera
ni espia. ¡Y ya estoy cansada
de sufrir impertinencias!
¡Y de contestar que si
ó que no, casi por señas,
y de ver que usted me trata
como si fuera una negra!...

CLARA. (Maravillada.)
¿Qué es esto?

JUANA. Esto es que me voy.
Y busque usted en América
una esclava que la sirva,
que yo he nacido muy suelta...

CLARA. (Irritada.)
¡Quítate de ahí!... Vete al punto.
No vi mayor insolencia!

JUANA. Ya me iré...

DIEGO. (Alterado.) Por el balcon
vas á salir, si te empeñas
en no callar...

JUANA. (Con garbo) ¡Ay! ¡qué miedo!

DIEGO. ¡Largo!

CLARA. (Conteniéndole.)
No te comprometas.
¡Marcha de ahí!

JUANA. (Con aire burlon.) Si se sofoca
usted, va á ponerse enferma...

ESCENA XV.

DIEGO, CLARA.

DIEGO. ¡Aguarda y verás!
CLARA. (Sujetándole.) ¡Dios n...
tente! No vale esa necia
el disgusto que nos causa.
¡Váyase en paz y no vuelva!
DIEGO. (Con severidad.)
Bien mirado, solo tú
tienes la culpa...
CLARA. (Disgustada.) Ya empiezas?
DIEGO. ¡Y no acabaré! Tu genio
es de basilisco. ¿Piensas
acaso que los criados
son como estátuas de piedra?
Aprende de mí...
CLARA. (Burlándose.) Es verdad!
DIEGO. No digo que no se ejerza
la autoridad necesaria;
pero con cierta cautela...

ESCENA XVI.

DICHOS, JUAN.

JUAN. ¡Mi capitan!
DIEGO. ¿Qué sucede?
JUAN. (Dándole un papel.)
Esta carta...
DIEGO. Á ver... ¡La letra
es de mi mujer! No atino...
¿Qué será? Mi mano tiembla.
(Leyéndola.)
¡Ah!
CLARA. (Con interés.) ¿Te sientes malo?
DIEGO. (Fuera de sí, agarrando á Juan de una oreja.)
¡Infame!
¡Bribon! ¿Dónde está?
JUAN. (Asustado y procurando desasirse.)

¿Quién?

DIEGO. (Sin calmarse.) ¡Ella!

JUAN. ¿Juana?

DIEGO. ¡No!

JUAN. ¿La carta?

DIEGO. ¡No!

JUAN. ¿Pues quién? ¿El mozo de cuerda
que la trajo?...

CLARA. (Reconviniéndole.) ¡Pero Diego!...

JUAN. ¡Que me arranca usted la oreja!

DIEGO. Voy á desollarte vivo.
¿Y mi mujer?...

JUAN. ¡Buena es esa!
(Quejándose.)
¡Ay!... No la he visto...

DIEGO. ¡Embustero!

JUAN. Pero veo las estrellas...

CLARA. De fijo te has vuelto loco.
¿Qué pasa? ¿Por qué te alteras?

DIEGO. (Á Juan.)
¿Asi cuidas de mi honra?

CLARA. (Arrancando á Juan de las manos de su primo.)
Déjale.

DIEGO. (Con una calma amenazadora.)
¡Vamos, confiesa!...

JUAN. (Aturdido.)
¿Qué he de confesar?

CLARA. Es justo
que te expliques...

DIEGO. (Dándola la carta.) ¡Lée!

CLARA. (Leyendo.) «Resuelta
»estoy á no soportar
»tu condicion ruda y terca.
»He dudado muchos dias;
»mas viendo que no escarmientas
»y que cada vez te portas
»con mas rigor y dureza,
»huyo de tí para siempre,
»transida el alma de pena.
»Es fácil que contra mí
»la ley te ampare y proteja:
»sé el derecho que te asiste

»y sé que tienes la fuerza.
»Pero si para buscarme
»todo tu poder empleas,
»será en vano: únicamente
»podrás recobrarme muerta.
»Separémonos en paz,
»ya que hemos vivido en guerra,
»y deja que triste y sola
»llore tu infeliz—Teresa.»
(Clara, despues de la lectura, queda como anonadada.)

DIEGO. ¿Lo ves? ¡una desercion!...
CLARA. ¡Ay, Vírgen de la Almudena!
¿esto mas?
JUAN. (Ap.) (¡Miren la niña,
si ha dado en ser callejera!)
CLARA. ¿Y qué vas á hacer?
DIEGO. (Furioso.) ¿Acaso
lo sé? Buscarla, traerla,
aunque la oculten y guarden
las entrañas de la tierra.
CLARA. ¡Si, si! Vete sin tardanza,
que una cosa es que merezcas
tu suerte...
DIEGO. ¿Vas á insultarme?
pues mira...
CLARA. (Empujándole.) No te detengas.

ESCENA XVII.

DICHOS, D. MIGUEL. Al salir apresuradamente Diego, tropieza con D. Miguel que entra tambien de prisa.

MIGUEL. (Reponiéndose.)
¡Ay! ¡Por poco echo la hiel!
¿No ves?
DIEGO. (En la puerta.) Es que usted no sabe...
MIGUEL. Lo sé todo: el caso es grave.
He hablado con él...
DIEGO. (Volviendo á la escena fuera de sí.)
¿Con él?
¿Luego hay por medio un galan?
¿Luego no se marchó sola?

(Á Juan.)
Tráeme un sable, una pistola,
¡un cañon!

JUAN. (Atemorizado.) ¡Mi capitan!

DIEGO. ¡Pronto, pronto!...

JUAN. Voy corriendo.

ESCENA XVIII.

DICHOS, menos JUAN.

MIGUEL. (Haciéndose el disimulado.)
Pues no alcanzo á comprender
la razon que puede haber
para causar este estruendo.

DIEGO. ¿Con que no?

MIGUEL. (Disimular
me conviene.)

DIEGO. (Con la mayor exaltacion.)
Aunque tuviera
que correr España entera,
¡ay, si los llego á encontrar!
¡Traidora, que accion tan ruin
quepa en ella!... ¿Dónde han ido!

MIGUEL. Ya me teneis confundido:
si me refiero á Martin...

CLARA. (Alterándose.)
¡Martin!

MIGUEL. Si, que hecho un venablo
por todo fuero atropella.

DIEGO. (Inquieto.)
¿Y ella?...

MIGUEL. (Fingiendo sorpresa.)
Pero ¿quién es ella?

DIEGO. Es mi mujer...

MIGUEL. ¡Vete al diablo!
que ya me tienes revuelto.
(Á Clara.)
Yo solo he visto á tu esposo
desesperado, furioso,
y firmemente resuelto
á poner por medio el mar.

Se va á Cuba...

CLARA. (Sin darse apenas cuenta de lo que oye.)
¡No es creible!

MIGUEL. Dice que le es imposible
su derrota soportar;
que osada le martirizas,
que le has hecho desgraciado,
que de su amor no han quedado
ni siquiera las cenizas.

CLARA. (Profundamente agitada.)
¡Dios mio! No puede ser.
Tú me engañas...

MIGUEL. (Suspirando.) ¡Ojalá!

DIEGO. (Como si adivinara un misterio.)
¡Ya caigo! ¡Martin habrá
inspirado á mi mujer!. .
¿Se irá tambien á la Habana!
Pues fuera lance!

CLARA. (Herida por una idea repentina.)
¡Ah! Ya entiendo.
Vosotros estais siguiendo
el complot de esta mañana.
Habeis formado una liga...
¿Quién sabe? Quizás los cuatro.

DIEGO. (Cayendo en la misma sospecha.)
¡Ah, qué luz!... ¡Lo del teatro!
¡No hay mas! Tú urdiste la intriga.

CLARA. (Fuera de sí)
Tú para causarme enojos
sublevaste á mi marido...

DIEGO. (Furioso.)
¡Eso no es verdad!

CLARA. (Con exaltacion) ¡Tú has sido!
Lo estoy leyendo en tus ojos.

DIEGO. Si, quieres disimular
de ese modo tu perfidia.

CLARA. Tienes de mi dicha envidia
y la has querido turbar.

DIEGO. (Disponiéndose para salir.)
¿Oye usted! ¡Esto me exalta!

MIGUEL. ¡Qué desórden, Dios eterno!
¿Dónde vas?

DIEGO. (Marchándose desesperado y tirando al volverse una butaca.)

¡Voy al infierno!

CLARA. (Con la mayor indignacion.)

¡Anda y ve, que allí haces falta!

DIEGO. (Marchándose, con viva indignacion.)

Si esto dura algunos dias
acabo por darme un tiro.

MIGUEL. (Mirándolos salir cada cnal por su lado.)

¡Vaya un par! y en el Retiro
hay tantas jaulas vacias...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion amueblada con gusto, pero modestamente, en casa de D. Miguel.—Puerta en el fondo; una á la derecha y dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, MARTIN, D. MIGUEL, sentados.

MIGUEL. Ya no hay que pensar en ello.
TERESA. Y dice usted que los dos
estan furiosos?
MARTIN. (Suspirando.) Milagro
ha de ser que la funcion
no acabe mal...
MIGUEL. (Encogiéndose de hombros.) Si te empeñas..
TERESA. No puedo negarlo. Estoy
arrepentida...
MIGUEL. Ya es tarde.
Adelante, y salga el sol
por Antequera...
MARTIN. (Contristado.) ¡Ya! como
en esta revolucion
usted nada pierde...
MIGUEL. ¡Gracias!
Si en esta aventura sois
desgraciados, yo os prometo
que con firme decision

me hallareis á vuestro lado.

MARTIN. (Con recelo.)
¿Y triunfaremos?

MIGUEL. ¡Pues, no!
Ó pierdo el nombre que tengo,
ó no pasa el dia de hoy,
sin que mejore y varie
vuestra amarga situacion.

TERESA. ¡Dios le oiga á usted!

MIGUEL. Por de pronto
habreis de hacerme el favor
de obedecer mis mandatos,
sin gemir, ni alzar la voz,
y si os digo que os tireis
por un balcon...

MARTIN. (Determinado.) Lo que es yo
me tiro... siempre que ustedes
pongan debajo un colchon.
Estoy tan desesperado!...

MIGUEL. (Irónicamente.)
Ya veo...

MARTIN. ¡Si es un horror!
Eso que tengo mas calma
y mas paciencia que Job.
Porque siquiera ese santo,
sufridísimo varon,
ni fué diputado á Córtes,
ni intentó ser orador,
ni le dieron una grita
en el Congreso español.

TERESA. Eso ya pasó...

MARTIN. Por eso
lo siento: porque *pasó*,
que si no hubiera pasado,
quejárame sin razon.
En fin, dice usted que quedan
alborotados? Mejor.

MIGUEL. Cuando conocieron ambos
vuestra determinacion,
se acusaron mutuamente
de la intriga, y me costó
gran trabajo persuadirles

y sacarles de su error.
Diego salia y entraba,
rugiendo como un leon,
y preguntando mil veces
por tí, con gesto feroz.

TERESA. ¡Dará miedo verle!

MIGUEL. Si...
Despues que se convenció
de la inocencia de Clara,
merced á mi intervencion,
otra sospecha no menos
infundada le inquietó.
Imagina que has fraguado
con Teresa este complot, (Á Martin.)
y jura tomar venganza
de tu criminal accion.

MARTIN. ¡Pues en buena me ha metido
usted!

MIGUEL. ¡Qué diablo! Valor.
Ya amansaremos la fiera
á tiempo.

TERESA. (Suspirando.) ¡Quiéralo Dios!

MARTIN. ¿Y vendrán?

MIGUEL. De fijo. Diego
en cuanto vea que son
inútiles sus pesquisas
vendrá como Clara, en pos
de noticias tuyas...

TERESA. Puede
que tan airado y atroz
como de costumbre...

MIGUEL. Acaso
le calme la reflexion.
De cualquier modo, prudencia,
que yo mi palabra os doy,
si no de cambiar su genio,
de templar su condicion...

MARTIN. (En tono de reconvencion.)
Eso y mas es necesario
que haga usted, para que yo
le perdone...

MIGUEL. (Maravillado.) ¡Estás en tí!

¿perdonarme?...

MARTIN. (Insistiendo.) Si, señor.
¿Por qué, cuando entontecido
y ciego por la pasion,
me acerqué á pedir la mano
de su hija, usted me la dió?
¿Si usted me *declara* entonces
de Clara el áspero humor,
si yo sé que es tan oscuro
¿me hubiera casado? No.
Y usted, que es hombre que dice
una *claridad* al sol,
estuvo entonces tan turbio...
¡Que se lo perdone Dios!

TERESA. ¡Qué cosas tienes!...

MARTIN. Son hijas
de mi desesperacion.
Pero lo malo del caso
es que cada vez mi amor
es mas vivo. Si esta prueba
no sale bien...

MIGUEL. (Animado.) ¡Como soy
Miguel, que me alegraria!

MARTIN. ¡Vaya una mala intencion!

MIGUEL. Eso merecen tus quejas
injustas. Si con rigor
procede Clara contigo,
¿tengo en ello culpa yo?
Tú la tienes, que eres hombre
por una equivocacion,
que debieras llevar sayas
en lugar de paletot,
y que en tu casa no muestras
el conveniente teson...

MARTIN. Le diré á usted...

TERESA. Nada digas.
Sosiégate...

MIGUEL. (Con sorna.) Es lo mejor.

MARTIN. No quiero que usted me tache
de díscolo que si no...

MIGUEL. (En el mismo tono.)
Y haces bien. Guarda tu enojo

para mejor ocasion.
No te precipites...

MARTIN. (Picado.) Esto
es herirme...

MIGUEL. Acá *inter nos*
esto es decir que no quiero
prolongar la discusion.
Y basta. Cada mochuelo
á sú olivo...

MARTIN. (Insistiendo.) Pero...

MIGUEL. (Interrumpiéndole.) Los
cónyuges abandonados,
pueden venir de rondon
y veros. Mi plan estriba
en el misterio...

MARTIN. (No convencido aun.) Me voy;
pero antes...

MIGUEL. No te permito
disputar.

TERESA. ¡Calla por Dios!
Despues habrá tiempo.—

MARTIN. (Resignado.) Bueno.
¡Cederé á fuerza mayor!

MÍGUEL. Es tu costumbre. (Á los dos.) Y cuidado
con olvidar la leccion.

ESCENA II.

D. MIGUEL.

Ya poco puede tardar
Clara. Quedó en que vendria
á las tres. ¡Mucha energia
necesito desplegar!
Veré si el susto la cura
y la hace entrar en vereda.
Y aunque es difícil que pueda
cambiar de genio y figura,
nada en intentarlo pierdo
ni en apurarla tampoco.
¿Quién sabe? Dicen que *el loco
solo con la pena es cuerdo...*

Y Diego... ¡Tendrá que ver!
andará, perdido el tino,
lo mismo que un torbellino
en busca de su mujer.
No tendrá su enojo fin.
Su sangre será un veneno
corrosivo... ¡Estará bueno!
De seguro habla en latin.
¡Pobres de aquellos que arrostren
su cólera poderosa!
Luego... ya será otra cosa.
Cuando sus nervios le postren
ha de inspirarnos piedad.
Que estos genios vïolentos
son asi: tienen momentos
de absurda debilidad.

ESCENA III.

D. MIGUEL, CLARA, agitada é inquieta.

CLARA. ¿Le has visto?
MIGUEL. Si que le he visto.
CLARA. ¿Y cómo está?...
MIGUEL. Le he encontrado
tan resuelto y animado
que de mi empeño desisto.
Le hallé tomando el billete
en la calle de Alcalá,
y juzgo imposible ya
que se convenza y aquiete.
Hoy mismo quiere partir
para Cádiz...
CLARA. (Acongojada.) ¡Qué inhumano!
MIGUEL. Insté, rogué; pero en vano,
no le pude persuadir.
Escuchó mis reflexiones
con gesto tan desabrido,
como el que está decidido
á no atender á razones.
Hice cuanto pude hacer;
pero él con tono severo

me dijo:—«¡Basta! No quiero
vivir mas con mi mujer.
Mi paciencia se agotó
y la abandono sin pena.»

CLARA. (Con amargura.)
¡Á mí, que he sido tan buena!

MIGUEL. ¡Eso mísmo dije yo!

CLARA. ¿Acaso el ingrato ignora
que si algunas veces riño,
es á impulsos del cariño
que el corazon atesora?
No ha comprendido el traidor
mi amor...

MIGUEL. (Con fina ironía.) No le ha comprendido.
Está visto: tu marido
no merece tanto amor.
Otro mas considerado
loco de gozo estaria.
¿Dónde encontrará, hija mia,
amor como el que ha dejado?
¿Quién le querrá hasta el exceso
de interesarse en su bien,
llevándole á que le den
una grita en el Congreso?
¿Qué pasion, sino esa que arde
en tu pecho, y que él esquiva,
hará que aburrido viva
de la mañana á la tarde?
¿Qué otro amor, si el que te abrasa,
en su obsequio no se emplea,
podrá obligarle á que sea
el último de la casa?

CLARA. (Afligida.) ¡Oh! No tienes corazon.
Eres cruel...

MIGUEL. (Con calma.) Pues ¿qué digo?
¿Á qué te enfadas conmigo
porque te doy la razon?

CLARA. ¡Ay! Yo le comprometí
á hablar; pero su derrota
ha sido, si bien si nota,
una leccion para mí.
¿Y por qué echármelo en cara

si á solas conmigo misma?...
MIGUEL. (Con firmeza.) Tú eres la causa del cisma
que vuestras almas separa.
CLARA. ¿Yo? ¡No tal! La culpa de esto
no es tan solamente mia.
¿Por qué desde el primer dia
no se colocó en su puesto?
¿Por qué se dejó en mal hora
dominar, si la mujer
tiene á la fuerza que ser
ó vencida ó vencedora?
Pero no quiero conmigo
un poder que me arrebata
la dicha. ¡El poder que mata,
mas que poder es castigo! (Con angustia.)
Acaso hablándole ceda...
¿Qué opinas tú?
MIGUEL. (Ap.) (Mi proyecto,
va produciendo su efecto.)
Una esperanza nos queda...
CLARA. (Con ansiedad.)
¿Y cuál?
MIGUEL. Volver me ofreció
á despedirse de mí.
Aguarda, y veremos si
logras mucho mas que yo.
La ocasion la pintan calva,
y aunque está tan obstinado,
¿quién sabe?
CLARA. ¡Tanto ha cambiado?
Pues si antes era una malva.
MIGUEL. Tiraste con poco tino
y al cabo saltó la cuerda;
pero, en fin, si no eres lerda
aun te queda algun camino.
Muéstrale tu contricion,
que yo, cuando se quejaba
de tí, sin querer le daba
en silencio la razon.
Hablábame con despego
y no pude hacerle fuerza;
mas es natural que ejerza

mayor influjo tu ruego.
Aunque te habrá de costar
mucho, que está decidido
á poner, si no el olvido,
entre vosotros el mar.

CLARA. ¡No vuelvo de mi sorpresa!
¡Él tan humilde, tan llano!...
En esto se ve la mano
y la intencion de Teresa.
¡No hay mas!

MIGUEL. Pues quien eso vé
se equivoca, vive Cristo.

CLARA. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque no se han visto.

CLARA. ¿Y tú qué sabes?

MIGUEL. Lo sé.
Tu sospecha me lastima.

CLARA. Hay motivo...

MIGUEL. Sin embargo,
apenas hice tu encargo
volví y encontré á tu prima,
de temor y angustia llena
en casa... (¡Aqui de mi aplomo!)
pálida y llorosa, como
una santa Magdalena.
La reñí; mas con acento
firme, resuelto y tranquilo,
dijo:—«Deme usted asílo
hasta hallarle en un convento.»
La vi tan altiva y fiera
que me pareció muy grave
la insistencia...

CLARA. ¿Y nada sabe?

MIGUEL. Ni una palabra siquiera.

CLARA. Necesito verla, si.
Yo veré si hay una intriga
en esto...

MIGUEL. (Ap.) (Lo que ella diga
que me lo claven aqui.)
Aconsejarla podrás
y averiguar lo que pasa...

CLARA. Voy corriendo.

ESCENA IV.

DICHOS, JUAN entrando precipitadamente mirando y disponiéndose á salir de nuevo.

JUAN. ¿No está en casa?
Pues me largo...
MIGUEL. (Deteniéndole.) ¿Dónde vas?
JUAN. Todo se sabrá despues,
que no estan los tiempos buenos.
Ya he recibido lo menos
diez y siete puntapies.
Es preciso andar muy listo.
MIGUEL. Vaya ¿y se puede saber
á qué vienes?
JUAN. Vengo á ver.
MIGUEL. ¿Y qué has visto?
JUAN. Nada he visto.
CLARA. Pues ¿qué piensas contestar
cuando te interrogue?
JUAN. (Con truhaneria.) ¿Yo?
que no la vi. ¡Como no
me ha mandado á preguntar!
y puesto que no ha venido,
á escape como una liebre
me voy. No me perniquiebre.
Me lo tiene prometido. (Marchándose.)
MIGUEL. ¡Aguarda! ¿Te quieres ir
sin escucharme primero?
Anda y dile que le espero.
Que venga...
JUAN. (Corriendo.) ¡Esto no es vivir!

ESCENA V.

CLARA, MIGUEL.

MIGUEL. Voy á advertir á Teresa
que has venido, y tú verás
si puedes vencer al cabo
su enojo y su terquedad.

No quiero que entres de pronto
porque si te vé, es capaz,
creyéndose descubierta
de cometer un desman.

CLARA. ¿Está tan airada?

MIGUEL. Mucho.
No te puedes figurar.

CLARA. ¿Tanto como mi marido?...

MIGUEL. No, tu marido está mas.
En fin, voy porque es preciso
que esto se resuelva ya
de algun modo...

CLARA. Pues no pierdas
tiempo...

MIGUEL. La debo avisar....
(Les prepararé y veremos
como secundan mi plan.)

ESCENA VI.

CLARA.

Dudo que Diego escarmiente,
porque es duro si los hay.
Lo que es á mí, estoy resuelta,
no ha de volverme á pasar.
Vi las orejas al lobo,
y si he de decir la verdad,
le he cobrado mucho miedo.
(Con angustiosa incertidumbre.)
Temo y vacilo... ¿vendrá?
El tren partirá á las ocho...
(Mirando al reloj.)
Aun es temprano. Si dan
las seis y no ha vuelto... ¡No!
yo no le dejo marchar.
Iré á la estacion, y ó tiene
el alma de pedernal,
ó al ver mi llanto y mi pena
se arroja á mis plantas...
(Viéndole aparecer por la puerta del fondo.)
¡Ah!

ESCENA VII.

CLARA, MARTIN, serio y meditabundo, por el fondo.

MARTIN. (¡Valor!... Estoy asustado...
pondré una cara de agraz...)
(Como reparando en Clara.)
¿Usted aquí? Me retiro.
Buenas tardes...

CLARA. (Con dulzura.) ¿Qué? ¿Te vas?

MARTIN. No lo dude usted, señora;
y si ha pensado quizás
mi suegro que preparando
esta escena, iba á cejar,
se ha equivocado de medio
á medio... ¡Soy muy formal!

CLARA. (Con mucha amabilidad.)
Mira...

MARTIN. (Desdeñoso.) No miro. Adios. ¡Hasta
el valle de Josafat!

CLARA. (Interponiéndose.)
No te dejaré salir
sin que me escuches...

MARTIN. (Melodramáticamente.) ¡Jamás!
Entre nosotros, señora,
todo ha terminado ya.
(Me porto.)

CLARA. (Con dolor.) Bien. Si no puede
mi desconsolado afan
detenerte; si las lágrimas
que derramo sin cesar
no te ablandan; si en tu pecho
muerto nuestro amor está,
vete enhorabuena...

MARTIN. (Conmovido.) (¡Y llora!...)

CLARA. Sé feliz...

MARTIN. (Cada vez mas vencido.) (En realidad
me quiere...) Escúchame, Clara.

CLARA. (Corriendo hácia él.)
¡Martin!

MARTIN. (Reponiéndose y con acento brusco.)

¡Déjeme usté en paz!
(Que vengan y digan si
yo me dejo dominar.)
Señora, vamos á cuentas,
y usted misma juzgará
si no me sobran razones
para no sufrirla mas.
Usted me trae y me lleva,
y me manda, y me hace andar
lo mismo que un zarandillo,
siempre de aqui para allá.
Yo soy marido en el nombre,
sin fuerza ni autoridad,
y casi un comparsa en esta
comedia matrimonial.
Y tan perdido anda todo,
todo tan trocado va,
que yo hago papel de dama
y usted de primer galan.
Dígame usted si exagero.

CLARA. (Confusa.)
Yo...

MARTIN. Pues voy á continuar.
Desazones en mi casa,
burlas en la vecindad,
gritas en el parlamento
por haber hablado mal,
todo, por culpa de usted,
lo he sufrido sin chistar.
Y segun lo atormentada
que ha sido mi voluntad
en esta lucha tremenda,
irresistible y tenaz,
bien puedo decir que tengo
el cuerpo tan duro y tan
lleno de santa paciencia,
como el cuerpo electoral.
¿No es cierto?

CLARA. (Con alguna impaciencia.)
Ya ves que callo.

MARTIN. Y haces muy bien en callar.
Pues vamos al hecho: viendo

que no hay medio ni le habrá
de domesticarte...

CLARA. (Alterada; pero conteniéndose.) Mira,
Martin, que abusando estás
de mi prudencia ..

MARTIN. (Dudando.) ¿Y te ofendo?

CLARA. (Dominándose.) (No lo eche todo á rodar.)
¡Qué disparate! Si te oigo
resignada...

MARTIN. (Con importancia.) Es natural,
porque si no... (Aqui debia
enfadarme; pero ¡quiá!
como no tengo costumbre...)
En fin, voy á terminar.
Oye mi programa y tiembla.
Visto que eres incapaz
de permitir á tu esposo
una justa libertad;
considerando que muestras
un genio de Satanás,
y que en el poder no tengo
participacion legal,
nunca en la casa que ocupes
las gentes me encontrarán;
me retraigo de aguantarte,
me retraigo de mi hogar,
y para que en ningun tiempo
me pueda volver atrás,
entre tu genio y el mio
pongo el abismo del mar.
Marcho á América...

CLARA. (Afligida.) ¡Imposible!

MARTIN. Digo que si...

CLARA. (Con pena.) No te irás,
Martin mio, si no quieres
hacer mi infelicidad.
Es cierto que te he tratado
con algun rigor; pero ¡ay!
con el carácter que tienes
tan encogido y leal,
¿qué vas á hacer en el mundo
sin mi apoyo?...

MARTIN. Dios dirá.
Por de pronto vivo esclavo
contigo, y en Ultramar
en vez de andar como un negro,
los negros me servirán.
¡Pues poco alegre que al verme
mi primo Andrés se pondrá!
¡Nada, nada! Vóyme á Cuba.
Escríbeme á Trinidad.

CLARA. Pero atiende...

MARTIN. Si es en vano.
(¡Pobrecilla!)

CLARA. ¿No tendrás
lástima de mi amargura?

MARTIN. (Haciéndose el interesante.)
¿Quién? ¿Yo? (Bueno es apretar.)
Los que estamos retraidos
hemos adoptado el plan
de pedir mucho, y si acaso
nos lo otorgan, pedir mas.

CLARA. ¿Ya te burlas?

MARTIN. (Con gravedad.) No me burlo,
hablo con formalidad.

CLARA. Seré dócil....

MARTIN. No te creo.
¡Es tan difícil cambiar!

CLARA. No contrariaré tus gustos.

MARTIN. Eso es posible, si estan
de acuerdo con tus caprichos.

CLARA. (Con impaciencia.)
¿No te mueven á piedad
mis lágrimas?

MARTIN. (Con desden.) ¡Bueno fuera!

CLARA. (Irritada.) Pues basta de ruegos ya.
Eres un villano. ¡Vete!
Te aborrezco...
(Conteniéndose violentamente.)
No, no tal.
Martin mio...

MARTIN. (Respirando con desahogo.) (¡Al fin respiro!
Me temí una tempestad.)
(Con forzada energia.)

¿Cómo es eso? ¡Usted me injuria!

CLARA. (Humildemente.) ¡Perdóname!

MARTIN. (Reprimiéndose.) ¡Perdonar
yo!... (Me dan unos deseos
de abrazarla!) Nunca.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. MIGUEL, que se presenta en el momento en que Martin parece como que se dispone á salir.

MIGUEL. (Deteniéndole.) Atrás,
señor yerno, que tenemos
unas cuentas que ajustar.

MARTIN. (Con fingida sorpresa.)
¿Usted y yo?... (Pues no es obra
de ninguna catedral
el tener carácter...) Vaya,
hable usted, pues me hará
el favor de ser muy breve,
que es tarde...

CLARA. (Á D. Miguel ap.) (No lograrás
apaciguarle...)

MIGUEL. (Á Clara id.) (Veremos.
Todo lo escuché.) ¿Pensais
tal vez que de esta manera
pueden las cosas pasar?
¿No hay mas que marcharte asi (Á Martin.)
con toda tranquilidad?
¿Qué dirán cuando lo sepan
los amigos, ¿qué dirán?

MARTIN. Que digan cuanto quisieren:
á mí lo mismo me da.
Estoy decidido á todo.

MIGUEL. (Con calma.)
Tienes una cualidad
provechosa. No hay ninguna
tan recomendable.

MARTIN. ¿Cuál?

MIGUEL. La desvergüenza.

CLARA. (Dando rienda suelta á su enojo.)
¡Es un mónstruo!

MARTIN. (Animándose.)
¡Y tú una harpia!
MIGUEL. (Sosegándoles.) ¿Empezais
de nuevo?
CLARA. (Llorando de rabia.)
Lo que conmigo
hace, es una iniquidad.
MIGUEL. (En voz baja, reconviniéndola.)
No te irrites...
CLARA. (Acercándose cariñosamente á su marido.)
No te vayas.
MARTIN. (Con despego.)
¡Dále!...
CLARA. (Con amor.) Te lo ruego.
MARTIN. (Enojado.) ¡Bah!
Tengo yo mucha firmeza...
MIGUEL. (Aproximándose á Martin, en voz baja.)
Vamos, cede.
MARTIN. (Tambien en voz baja.)
Es singular
lo que me pasa...
MIGUEL. (En el mismo tono.) ¿Y se puede
saber?...
MARTIN. (Lo mismo.) Pues es que me dan
intenciones de marcharme
de veras...
MIGUEL. (Id.) ¡Qué atrocidad!
(Ap.) (Es menester que esto acabe,
que si no se va á enredar,
y sabe Dios...) Yo interpongo
mi autoridad paternal.
No deis escándalo, Clara
tiene talento y será
mas tratable...
CLARA. (Con sumision.) Lo prometo.
MARTIN. Y dime, ¿lo cumplirás?
MIGUEL. No lo dudes...
MARTIN. (Ablandándose.) Pues entonces...
MIGUEL. Es preciso que os sufrais
mútuamente...
MARTIN. (Á Clara con energia.) Si me engañas,
no me vuelves á atrapar.

MIGUEL. (Á los dos.)
Vaya, un abrazo.
MARTIN. (Enterneciéndose.) ¡Y doscientos!
¡Yo soy asi!... Un pobre Juan.
Cuando me calmo...
MIGUEL. (Á Martin, ap.) *Ni tanto*
ni tan poco...
MARTIN. (Con amor.) Ven acá!
(Clara y Martin se abrazan y permanecen asi un rato, casi llorando.)
CLARA. ¡Ingrato! Y me abandonabas
sin pena!...
MARTIN. ¿Escarmentarás?
CLARA. Pues dime ¿qué hubieras hecho
en América?
MARTIN. (Dominado por la emocion.)
Llorar.
Morirme...
MIGUEL. (Ap.) (Si gimotea
pierde su fuerza moral.)
Basta, basta, que Teresa
llora, y esperando está
tus consuelos. (Á Clara.)
MARTIN. (Haciéndose el desentendido.)
Pues ¿qué pasa?
CLARA. (Con recelo.)
¿Nada sabes?
MARTIN. ¿Yo? No tal.
CLARA. (Insistiendo.)
¿De veras?
MIGUEL. (Ap. á Clara.) Si ya te he dicho...
MARTIN. No sé...
MIGUEL. (Interrumpiéndole.)
Despues lo sabrás.
CLARA. ¡Soy tan feliz! Voy á verla.
Es justo calmar su afan.
MARTIN. Vuelve pronto.
CLARA. (Despidiéndose y entrando por la puerta primera de la izquierda.)
Hasta la vista.
(Ap.) ¡Es cosa particular!
Desde que es otro, parece

que le quiero mucho mas.

ESCENA IX.

D. MIGUEL, MARTIN, muy alegre.

MARTIN. ¿Qué tal? ¿No he llenado bien
mi papel?
MIGUEL. No está mal hecho.
MARTIN. Pues estoy muy satisfecho
del éxito...
MIGUEL. Yo tambien.
Te has enternecido un poco;
pero en fin...
MARTIN. Soy su marido
y la amo. Mas he tenido
unos arranques de loco. .
¿Verdad que estuve iracundo?
MIGUEL. (Sonriendo.)
Á veces en demasia.
MARTIN. (Muy orgulloso.)
¿Si?... Los hombres de energia
somos pocos en el mundo.
No tiene resolucion
ni audacia la *turba multa*.
MIGUEL. (Con sorna.)
¡Vaya, vaya! ¿Á que resulta
que eres un Napoleon?
MARTIN. (Con decision.)
Pues si me vuelve á faltar
no quedará sin castigo.
¡Ya sé la música! Digo:
Adios.—Me marcho á Ultramar.
Sucumbirá á mi rigor...
MIGUEL. (Burlándose.)
Tal vez...
MARTIN. (En son de amenaza.)
¡Si no que no ceda!
MIGUEL. Cuidado no te suceda
la fábula del pastor.
Si al fin descubre el enredo...
MARTIN. ¿Piensa usted que soy tan bobo?

MIGUEL. No alborotes con el lobo
tanto que le pierda el miedo.
MARTIN. Si hemos de vivir en paz,
por tarde, noche y mañana
diré:—¡Me voy á la Habana!
Es un remedio eficaz.
MIGUEL. Puedes llegarla á aburrir...
MARTIN. Cantando estaré desde hoy
Á la Habana me voy,
te lo vengo á decir. (Cantando.)

ESCENA X.

DICHOS, DIEGO, que entra desesperado.

MIGUEL. (Señalándole y llamando la atencion de Martin.)
Mira quien entra.
DIEGO. (Dirigiéndose furioso á Martin, amenazándole.)
¡Ah, bribon!
¿Aqui estás? Mañana mismo
nos rompemos el bautismo
en las ventas de Alcorcon.
MIGUEL. Pero, hombre, ¿qué vas á hacer?
(Deteniéndole.)
¡Modérate!
DIEGO. (En el mismo tono.) No le dejo.
He de arrancarle el pellejo
si no vuelve mi mujer.
Él la ha sacado de quicio.
MARTIN. ¿Yo?
DIEGO. ¡Tú!
MIGUEL. La pasion te engaña.
Escúchame.
MARTIN. No me extraña.
Te estás quejando de vicio.
¿Qué víbora te ha picado?
DIEGO. (Furioso.)
Si me replicas, te esprimo
como á un limon...
MARTIN. (Esforzándose.) ¡Señor primo,
manos quietas, que me enfado!
No ponga usted esa cara

ni me levante la voz.
Porque soy un hombre atroz...
si no que lo diga Clara.
Y usted me hará la merced
de callar, que me disgusta
el ruido. ¡Á mí no me asusta
ningun bravo! ¡Entiende usted?
Si su mujer le dejó
por extravagante ó feo,
la busca usted, y *laus Deo.*
¡Pues buen genio gasto yo!

DIEGO. (Sorprendido.)
Estoy dudando, y no sé
si romperte la cabeza
ó...

MARTIN. (Con cómica resolucion.)
Si te atreves, empieza...

MIGUEL. (Interponiéndose entre los dos.)
¡Órden!

MARTIN. Que yo acabaré.

DIEGO. (Cada vez mas maravillado.)
¡Vive Dios, que estoy absorto!
Antes tan...

MIGUEL. (Queriendo calmar el enojo de ambos.)
¡Nada! Ninguno
me oye.

MARTIN. (Con violencia forzada.)
Necesitas uno
como yo, que te ate corto.

DIEGO. (Lanzándose sobre él. D. Miguel conteniéndole.)
Toma la contestacion
que tu insolencia merece.

MARTIN. (Alborotado.)
¿Si? Ven.

MIGUEL. (Separando á los dos.)
¡Alto!

MARTIN. (Ap.) (Me parece
que he aprendido la leccion.)

ESCENA XI.

D. MARTIN, D. MIGUEL sujetando á DIEGO, que forcejea o desasirse, CLARA.

DIEGO. ¡Si no quiero que alborote!...
MARTIN. Míralo bien, no le cueste
caro...
CLARA. (Entrando.) ¡Qué escándalo es este?
MARTIN. (Con desprecio.)
¡Pensará el militarote
que puede hacerme temblar!
CLARA. ¿Pero qué tienen? ¿Qué pasa?
MIGUEL. ¿No lo ves? Que en esta casa
todos son locos de atar.
MARTIN. (Con arrogancia.)
Que ha venido echando ternos,
como si estuviera el horno
para panes...
CLARA. ¡Qué trastorno!
Es imposible entendernos.
¡Calla!
MARTIN. Nada me acobarda.
(Á Diego.) Y si porque estoy inerme
piensas... ¡No quiero perderme!
(Ap.) Me marcho á escuchar.
DIEGO. (Á quien contiene D. Miguel.) Aguarda...
CLARA. Vete... (Empujando á su marido.)
MARTIN. (Marchándose lentamente.)
¡El hombre es un abismo!
Ignoraba yo el teson
que tengo. ¡Soy un Colon!
Me he descubierto á mí mismo.

ESCENA XII.

DICHOS, menos MARTIN.

DIEGO. Pues esto no ha de quedar
asi...
CLARA. Si es que te interesa

ponerte bien con Teresa,
cállate y déjame hablar.

DIEGO. ¿Dónde está? Vamos corriendo
y yo diré á la traidora...

CLARA. Es que soy su embajadora.

DIEGO. (Mal humorado.)
Pues de embajadas no entiendo.

CLARA. (Con calma.) Es necesario entender,
y como no te reportes
reclamo mis pasaportes
y te quedas sin mujer.

DIEGO. (Furioso.) Palpable la intriga está.
Ya vé usted que no me engaño. (Á D. Miguel.)
¡Conjurados en mi daño
estaban todos!...

CLARA. (Con indiferencia.) Quizá.
Lo que quieras te concedo.
No es fácil ser mas amable.
Pero déjeme que entable
la negociacion...

DIEGO. No puedo.
Yo no admito condiciones,
y si mi perdon no impetra
que tiemble...

MIGUEL. (Ap.) (Siguió á la letra
Teresa mis instrucciones.)

CLARA. ¡Temblar! Por lo visto olvidas
tu angustiosa situacion.
Lejos de pedir perdon
exige que se le pidas.

DIEGO. (Fuera de si.)
¡Habrá mayor insolencia!
pretender que me rebaje...

CLARA. (Con tranquilidad.)
Ten presente que el mensaje
es de potencia á potencia.

DIEGO. Pues no escucho...

CLARA. (Levantándose.) Pues adios.
Mi mision está cumplida.
Pero jamás, en la vida,
os vereis juntos los dos.
Otra advertencia y concluyo:

Es posible que si ejerces
tu accion, la obligues y fuerces
á volver al lado tuyo.
Mas se anulará el consorcio,
y romperá el compromiso
entablado, si es preciso,
la demanda de divorcio.
Hoy ha visto á un abogado...

DIEGO. (Con sorpresa.)
Estoy oyéndolo y dudo...

MIGUEL. (Con ironia.)
¡Y te quedas bien! Ni viudo,
ni soltero, ni casado.

DIEGO. ¡Esto no es posible! Clara,
tú me engañas....

CLARA. Ya verás.
Adios...

DIEGO. (Deteniéndola.) Es que no te irás
sin decirme donde pára.

CLARA. Será inútil que lo intentes,
no diré esta boca es mia.

MIGUEL. (Con cómica gravedad.)
¡Muy bien hecho! Eso seria
contra el derecho de gentes.

DIEGO. (En la mayor irritacion.)
No estoy yo para sufrir
bromas, que de rabia estallo.

MIGUEL. Es posible que si callo
te llegues á arrepentir.

DIEGO. ¿Por qué?

MIGUEL. Calma tu zozobra
y oye: te lo exijo yo.
Que para decir que no
tiempo te queda de sobra.
Escucha sus condiciones,
no pierdas mas...

DIEGO. (Con menos firmeza.) No desisto.

MIGUEL. Mira que el diablo es muy listo,
y en el mundo hay tentaciones...
y la mujer es estopa,
y cuando se da un mal paso...
No la pongas en el caso

de que diga:—¡*Á vivir, tropa*!

DIEGO. (Desesperado.)
¿Á mí?... Vamos, pierdo el juicio.
(Con ira.)
¿Dónde está?

MIGUEL. Bueno es que evites
la ocasion, y que la quites
del borde del precipicio.
Óyela... (Veré si el miedo
le hace entrar en buen camino.)

DIEGO. (Furioso.)
¿Si acabaré en asesino,
Señor?...

CLARA. (Con mucha calma.)
¿Me marcho ó me quedo?

DIEGO. (Haciendo un esfuerzo.)
¡Habla!

CLARA. Pues quiere, y en vano
será intentar convencerla,
que vayas hoy mismo á verla
con el sombrero en la mano.
Que la prometas contrito
mantener tu genio á raya...

DIEGO. (Indignado.)
Dime ¿no es mejor que vaya
con coroza y sambenito?

CLARA. (Imperturbable.)
Quiere que beses la huella
de sus pies...

DIEGO. (Arrebatado.) Vuelve á callar.

CLARA. (Siguiendo.)
Y que te dejes pegar
cuatro bofetones de ella.

DIEGO. (Violentándose, con calma amenazadora.)
¿Nada mas?

MIGUEL. No te alborotes.

DIEGO. Debiera, segun discurro,
pedir que vaya en un burro
y que me sajen á azotes,
y me expongan á la plebe
lo mismo que á un criminal,
y me aprieten el dogal,

(Fuera de sí.)
¡y el demonio que la lleve!
Que no soy un maniquí,
ni tengo el alma de escoria.
¡Vamos! Hoy dejo memoria
en todo Madrid de mí.
Le prendo fuego...

CLARA. (Con sorna.) Ó te cuelgas
de un pino...

DIEGO. (Desesperado.) ¡Á mí tal ultraje!

MIGUEL. Mediaré con mi arbitraje:
haré de rey de los Belgas.
(Á Diego.)
Estás muy poco curtido
por el dolor...

DIEGO. (Reconviniéndole.) ¿Se ha propuesto
usted?...

CLARA. (Ap.) (¡Es hombre! Con esto
me vengo de mi marido.)

MIGUEL. Teresa no es pertinaz
en su opinion, ni tú loco,
y es fácil cambiar un poco
las condiciones de paz.
La primera no te humilla,
que al entrar un caballero
en casa, deja el sombrero
en la percha ó en la silla.
No es de precision que expliques
ni confieses si has pecado;
basta con que escarmentado
tu carácter dulcifiques.
La dicha pende de una hébra
solo, y es cosa corriente
que si va mucho á la fuente
el cántaro, al fin se quiebra.
No es bien que ates esos lazos
prosternándote...

MIGUEL. (Á Clara con satisfaccion.) ¿Lo ves?

DIEDO. Y antes de echarte á sus piés
te recogerá en sus brazos.

DIEGO. Eso está mas en razon
y no parece un castigo...

MIGUEL. Déjame acabar: prosigo
con la postrer condicion.
Presenta, si se querella,
la mejilla, pues es llano
que en vez de poner la mano
pondrá los labios en ella.
Y sobre todo, conten
tu genio y no la maltrates
sin razon, que esos combates
no siempre terminan bien.

DIEGO. (Vencido.) Yo... La verdad. ¡Si la quiero
tanto!...

ESCENA XIII.

DICHOS, TERESA, que aparece en el umbral de la primera puerta de la izquierda y permanece allí confusa.

MIGUEL. (Llamándole la atencion.)
Ya ves que no tarda
en salir á verte...
(Teresa quiere correr en busca de su marido y Clara procura detenerla.)

CLARA. (Sonriendo.) Aguarda,
que va á coger el sombrero.

TERESA. ¡No! (Lanzándose hácia él.)

DIEGO. (Estrechándole contra su corazon.)
¡Tú aqui!

TERESA. (Con dulzura.) ¿Dónde querias
que estuviese? ¿En un convento?
¿Te arrepientes?

DIEGO. (Con amor.) ¡Me arrepiento!

MIGUEL. (Ap.) (¿Será por mas de ocho dias?)

DIEGO. Desde hoy manda como quieras:
Tu gusto será mi gusto.
No sea... ¡Me has dado un susto!

CLARA. ¡Pues si llega á ser de veras!...

DIEGO. Te ofrezco ser hasta el fin
tierno, amable...

TERESA. (Con alegria.) ¡Qué fortuna!

DIEGO. Seré, si tú quieres, una
nueva edicion de Martin.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARTIN, muy altivo.

MARTIN. ¡Alto! Que ya soy otro hombre.
No sabes de qué manera
cambié. De lo que antes era
tan solo conservo el nombre.

CLARA. Es verdad.

DIEGO. (Sonriendo.) Casi lo dudo.

MARTIN. (Alterándose cómicamente por momentos.)
Y tiembla y se asusta todo
cuantas veces me incomodo,
y me incomodo á menudo,
y...

MIGUEL. (Amonestándole.) Cuidado, que te excedes.

MARTIN. Nadie á tozudo me gana.
(Encarándose con el público.)
¡Es que me voy á la Habana
si no me aplauden ustedes!

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 21 de Diciembre de 1864.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

Maria.
n 1818.
vista de pájaro
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
se entiende, ó un hom-
nido.
contra nobleza.
do oro lo que reluce.

.
o de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
ridas las de honor, ó el
avio del Cid.
uerta del jardin.
o caballero es D. Dinero.
veniales.
y castigo, ó la conquis-
Ronda.

vido al Coronel!.
ucho abarca.
rte la mia!
s el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe-
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

a y Medoro.
e buena ley.
nas leo.

na la Gitana.
y Marte.
Flora.

nando.
ariquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
.

iller.
trino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
ita y en Marruecos.
a en la ratonera.
imo mono.
os de carnaval.
irio (drama lírico.)
tillon de la Rioja (*Música*)
conde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo d· la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orensé	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.